

NIÑOS DE LA BIBLIA.



XXVIII.

JOAS.

Arrollando cuanto á su paso se opo-
ne y llevándolo todo á fuego y sangre,
invaden los feroces soldados de Atalia
el palacio de los reyes de Judá. Muer-
to el rey Ochosias, habiase apoderado
del gobierno y del reino su madre
Atalia, y esta muger usurpadora é
impia, deseando completar su obra de
iniquidad, decretó la muerte de todos

Abril de 1849.

los descendientes de la estirpe de Da-
vid, y muy particularmente de los
principes de sangre real que pudieran
algun dia pedirla cuenta de la usur-
pacion y vengar tantas maldades. Por
eso sus satélites, esparciéndose por todo
el palacio con las armas en la mano,
degollaban sin piedad á todos los hijos
de Ochosias, sin que en aquellos ter-
ribles momentos hubiese, no quien los
defendiera, sino quien se atreviese á
interceder por ellos. El pueblo fiel al
culto del verdadero Dios y al linage de
sus reyes, estaba entonces en la ma-

TOMO III. 7

por consternación; los servidores del último monarca habían desaparecido y nadie había capaz de oponerse a aquellos hombres sanguinarios. Una mujer, sin embargo, impulsada por uno de esos generosos sentimientos que no dan lugar a las consideraciones del peligro, se presenta en el palacio, atraviesa por entre la irritada turba, y por camino bien conocido de ella, llega hasta un recondito aposento en el que un niño se halla solo y abandonado en su regia cuna. Todos han huido desprovistos, solo aquel niño está tranquilo y risueño en medio de las escenas de muerte y destrucción que le rodean. Al ver aquella mujer, cuyas facciones no le son desconocidas, tiende hacia ella sus manitas como queriendo corresponder al grito de alegría que ella lanza, al ver que aun vive aquella inocente criatura, de la que se apodera en el acto, y abrigándola entre los pliegues de su manto, se apresura a salir de aquel recinto de desolación. Por desgracia todos los pasos están ya tomados, y la caritativa mujer es al instante descubierta por algunos soldados que la persiguen dando gritos salvajes, la alcanzan y la acosan por todas partes. La consternada mujer estrecha contra su corazón a aquel niño querido y quiere, aunque sus labios no aciertan, dirigir una plegaria a los soldados. Estos, poco dispuestos a escucharla, ya blanden sobre su cabeza las relucientes cimitarras, cuando sobreviene un golpe, que cansado ya de aquella vergonzosa matanza, ó conmovido a vista de la actitud doliente y sumisa de la consternada mujer, dice a los suyos:

—Dejadla: ¿quién de vosotros es capaz de atreverse con una mujer débil é indefensa?

Así pudo ella escapar con su cara prenda, y saliendo del palacio, ir a depositarla en manos del sumo sacerdote Joyada, en el seguro é ignorado asilo del templo del Señor.

La mujer que á tanto se había atrevido era Josabeth, también de la sangre real de los monarcas de Judá y esposa de Joyada, pontífice tan ilustre por su piedad como por la energía de

su carácter. Recibió el pontífice con entusiasmo al niño, llamado Joas, y el único hijo de Ochosias que se salvaba en aquel día funesto, y resolvió sacrificar su vida, si necesario fuese, por la conservación de aquel sagrado depósito, abrigando no sé qué remota esperanza de que el Dios de Israel, pasados aquellos tiempos de prueba, había de reponerle en el trono de sus mayores. Ocultó á todos su nacimiento y su verdadero nombre, y creyendo el mismo niño que él fuese un pobre huérfano abandonado, permaneció en el templo revestido con la blanca túnica de lino y asistiendo al gran sacerdote en el ministerio del altar, siendo el embeleso de cuantos le miraban por su hermosura y su candor. Pero estas mismas circunstancias habían hecho fijar en él la atención; hacíanse varios comentarios sobre aquel niño maravilloso, que estaba ya para cumplir los siete años, y la misma reina Atalia, hasta entonces muy satisfecha y persuadida de que había dado fin de todos los descendientes de Ochosias, llegó á concebir extrañas sospechas y á figurarse si aquel niño sería algún vástago preservado de aquella familia aborrecida. Entonces empezaron los serios temores para Joyada, que todo lo malo podía esperar de aquella implacable mujer.

Moderó no obstante su impaciencia la reina, hasta el punto de enviar un mensajero de paz, ofreciendo á Joyada que no le impediría el culto del Dios de Israel, ni turbaría la solemnidad de las fiestas que en el templo se celebraban, con tal que le entregase aquel niño abandonado y que ningún interés le podía inspirar. Joyada rechazó la propuesta de la iníca reina y se preparó á resistirla con todas sus fuerzas: si una mera repulsa era suficiente motivo para escitar en su mas alto grado la cólera de aquella irritable mujer, ¿qué sería cuando dicha repulsa justificaba plenamente la sospecha de que aquel niño era un verdadero tesoro?

Ya no era tiempo de disimular: el sumo sacerdote reunió y ocultó dentro del templo á los pocos que aun

se conservaban adictos á la estirpe de sus legítimos reyes, y á todos los sacerdotes y levitas prontos á perecer, si necesario fuese, por la santa causa, y á todos estos hombres, cuya esperanza estaba perdida al cabo de cerca de ocho años de sufrimientos, á todos aquellos entusiastas hijos de Israel, cuya rehabilitación consistía en recobrar un descendiente de sus legítimos monarcas y un rey de la estirpe de David, les presenta el niño Joas y les dice:

—Ved aquí el rey que yo os he prometido, el verdadero y único heredero de los reyes de Judá: este niño es Joas, el hijo menor de vuestro desgraciado rey Ochosias.

La alegría y la sorpresa suspenden los ánimos de los circunstantes, en tanto que Josabet, al recordar los detalles de aquella sangrienta catástrofe, refiere cómo salvó al niño y cómo Dios le ha conservado oculto en el templo, hasta el día en que, abatida una reina impía y orgullosa, pueda ocupar el trono de sus mayores.

—Sí: esclama Joyada, ha llegado el momento de salvarle y de ponerle en posesión de todos sus derechos; confiad en el poder del Señor que nos guía, podremos abatir á esa usurpadora, que tal vez ya se acerca para arrebatarnos esta única esperanza de Israel.

Entonces Joas es proclamado rey con universal aclamación de los ministros del señor, de los hijos de Levi y de cuantos se han congregado en el templo, los que se agolpan prurumpiendo en exclamaciones de júbilo á contemplar las facciones del niño rey, y entusiasmados á su vista, y apoderándose de las armas que como victoriosos trofeos hay depositadas en aquel santo lugar, juran sobre ellas morir ó restablecer á Joas en el trono de sus padres.

Joyada, conociendo que no hay tiempo que perder, pues la vengativa Atalia llega ya á las puertas del templo, derrama sobre la cabeza de Joas el óleo santo de la consagración y le ci-

ñe la régia diadema. Despues, colocado abierto sobre el ara el libro de la ley, le invita á que preste el juramento de observarla, que es de religiosa usanza en tales solemnidades. Joas le acerca, y puesta la mano sobre el libro pronuncia el formidable juramento, cuando las puertas del templo ceden con estrépito al empuje de los acometedores; y Atalia, seguida de sus parciales, osa avanzar por aquel sagrado recinto: Pero suspensa, helada de terror, queda bien pronto á vista del extraordinario espectáculo que se le ofrece. Joas, aquel niño aborrecido, en quien, mal de su grado, no puede menos de reconocer todo el ademán y las facciones de Ochosias, se halla sentado sobre el trono, ceñido con la real diadema y rodeado de todos los emblemas de la soberanía. Aquella mujer tan audaz cede á una misteriosa turbación, y solo con inarticuladas palabras indica á sus satélites que se apoderen del régio niño, cuya aparición ya se está anunciando al pueblo al son de las trompetas del templo; pero á la voz de Joyada, los sacerdotes y levitas, bien armados, inundan el templo, y la reina rodeada por todas partes y abandonada de los suyos, á quienes aterra el imponente aspecto de los sacerdotes y el pueblo, es llevada fuera del templo para sufrir en breve el castigo de sus crímenes.

Joas triunfa y es llevado al palacio de sus mayores: todos cantan sus alabanzas, todos, como inspirados por un mismo pensamiento, acuden á felicitarle, y solo entre tantas lisongeras voces resuena la austera de Joyada que le dice por despedida estas palabras:

—El Dios vengador de la inocencia oprimida, y en quien todos los huérfanos tienen padre, te hace subir hoy al trono de tus antepasados; pero ese mismo Dios te precipitará de él, cuando abandonando las huellas de David seas indócil á su ley y á sus preceptos.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.



HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.



LLEGA, LLEGA A MI LECHO VENERABLE PASTOR.

XI.

MUERTE DE LEOVIGILDO. RECARDO.

Mucho tiempo estuvo Leovigildo experimentando en su conciencia el punzante aguijón del remordimiento; por todas partes veía presente la imagen de su hijo, víctima desgraciada de su frenético arrebató. Supo en esta sazón que los hermanos de la gunda, se mostraban deseosos de vengar la muerte de Hermenegildo y el

desventurado fin de la viuda, para lo cual atravesaban los Pirineos en son de guerra. También los suevos aprovechándose de esta circunstancia, se manifestaron dispuestos á rebullir y se apartaban de sus empinadas montañas para bajar al centro de España; pero Leovigildo, á quien la muerte de su hijo tenía encendido antes que abatido y desalentado, creyó ver en sus revoltosos enemigos el objeto que necesitaba para desahogar su excesivo enfurecimiento. Saltó del lecho apenas recibió esta noticia, llamó á su hijo Recaredo, y apretándole la mano le dijo estas palabras:

—Manda ensillar tu caballo; empuña tu lanza y parte con la mitad de mis tropas á hacer frente á los francos que ya penetran en nuestro reino; llévate todo á sangre y fuego; no des cuartel.... ¡guerra y exterminio!

—¿Y vos padre mio? preguntó Recaredo.

—Yo parto á los montes de Galicia con la otra mitad de mis gentes, no solo á sujetar á los suevos, sino á borrar su nombre; no quiero que en adelante se llame nacion ese rincon de Galicia.

Puestos ambos á la cabeza de sus respectivas tropas salieron de la corte con el entusiasmo que infunde la esperanza de la victoria; Leovigildo se encaminó á Galicia, y Recaredo á la Galia gótica. El primero tuvo la suerte de encontrar á los suevos desunidos y haciéndose cruda guerra, lo que contribuyó á que fuesen mas fácilmente derrotados, y viese su término la dominacion sueva, ciento sesenta y siete años despues de su llegada á España. No fué menor la suerte de Recaredo, pues habiendo salido triunfante en varios encuentros que tuvo con los francos, animado con la victoria logró lanzarlos de la Galia gótica, quedando por consiguiente Leovigildo unico dueño y sin rival de España.

Parecia natural que su espíritu, de suyo fogoso y altanero, se amansase algun tanto, una vez llegado al término de sus deseos; pero la codicia, á la cual era muy dado este rey, avivó su sed de venganza, y recordando furioso la muerte de su hijo, que atribuía á los católicos, quiso descargar sobre ellos todo el peso de su arrebatado enojo. Persiguió con encarnizamiento á los católicos, desterró á varios obispos, sin exceptuar á San Leandro; entró en las iglesias y las despojó de sus ornamentos, echándose al mismo tiempo sobre la renta de los prelados. Muchos grandes se opusieron manifestamente á estos actos, reputados como verdaderas tropelías, y Leovigildo mandó quitar la vida á todos cuantos se atrevían á criticar sus disposiciones. «¿Cómo es tan cruel este soberano?» cuentan que dijo un noble poco antes de morir

en el suplicio. «Quien mató á su propio hijo, bien puede matar á un reino entero.» contestó Leovigildo cuando lo supo.

Las riquezas que recogió de los monasterios é iglesias de los católicos sirvieron para dar mas lustre y esplendor á la dignidad real, revistiéndose el monarca con todas las insignias de que puede rodearse una magestad; esto, es usando de *aparato y atuendo de principe*. Fuerza es manifestar de paso que no se circunscribió á emplear tales riquezas en estas ociosas pompas, pues la ciudad de Recópolis que fundó el Celtiberia en honra de su hijo Recaredo, es un monumento estimable que acredita por otro lado su generoso patriotismo.

Cuando mas engreído se encontraba el rey goda contemplando la prosperidad y el engrandecimiento de su monarquía, sintió que se aproximaba, con táctos y atentados pasos, la que á nadie perdona: acometido de una grave enfermedad, que le derribó en la cama, conoció que su fin estaba cercano, y mas que nunca, halló presente la imágen de su hijo: entonces tuvo tiempo de repasar á sangre fria el triste y sangriento catálogo de sus errores pasados. Recordaba con ternura las buenas cualidades de Hermenegildo; alabó su constancia, y admiró su valor intrépido.

Hubo momentos en que lloró desconsoladamente, llamándole á gritos, sin que fuese bastante á tranquilizarle su hijo y su esposa.

—¡He sido cruel, decia; he sido su verdugo!

Y nadie pudo conseguir que esta funesta idea se apartase de su imaginacion. Arrepintiéndose igualmente de las tropelías que habia ejecutado contra el clero; pidió perdon á las familias de aquellos á quienes condenó al suplicio, levantó el destierro á los prelados católicos, y San Leandro, comprendido en la generosa determinacion del monarca, de regreso á su diócesis pasó por la corte, y entró en el palacio con el objeto de visitar al arrepentido soberano.

Cuando Leovigildo le vió entrar en

su regío aposento, se esforzó cuanto pudo para incorporarse, y llamándole con voz quejosa y doliente le decía:

—Llega, llega á mi lecho, venerable pastor; oye el clamoroso acento de un padre desconsolado. Confieso que fui el verdugo de Hermenegildo.

—¿Qué deseas? le preguntó San Leandro.

—Escúchame; yo te diré lo que deseo, respondió el moribundo. Quiero que instruyas á mi hijo Recaredo en la fé católica.

—Luego tú, interrumpió el prelado, pretendes morir también como católico.

—No... respondió con gravedad Leovigildo. Yo debo morir arriano (†).

Fueron inútiles cuantos esfuerzos hizo San Leandro para convertir al rey, quien al fin espiró profesando la secta arriana, y nombrando á su hijo Recaredo, sucesor de la corona. Falleció Leovigildo el año de 587, esto es, poco tiempo después de haber derrotado á los suevos.

Los hechos de este rey son un vivo reflejo de su carácter; además de la reforma que hizo, introduciendo la pompa y el regío aparato de que hasta entonces habían carecido los soberanos de España, mejoró la legislación de su monarquía, haciendo en ella modificaciones muy considerables.

Subió Recaredo al trono con la religión católica en el corazón; pero se guardó bien de hacer pomposo alarde de su nueva profesión, porque así convenia al sistema de política que pensaba emplear con sus vasallos. Ciertamente había proyectado convertirlos; pero también es verdad que tuvo muy presente el carácter feroz é indomable de los godos para hacerlos penetrar de pronto por una senda hacia la cual mostraban una visible repugnancia; hubo menester paciencia y maña para ir desterrando poco á poco del ánimo de los godos sus inve-

teradas preocupaciones. Dió principio á su obra convidando á los obispos católicos y arrianos para que disputasen en materia de religion, cuyas polémicas quiso presenciar y ejercer la mayor tolerancia acerca de las opiniones de los contendientes; estos públicos debates, en los que el pueblo se interesaba, y la influencia de muchos clérigos que recorrieron las provincias por mandato del rey predicando las doctrinas del catolicismo, fué dando prosélitos á la verdadera religion, y cimentando por todas partes sus benéficos principios. Ya que vió maduro su plan, y al pueblo un tanto inclinado á su proyecto, se determinó á reparar los perjuicios que había ocasionado su padre al clero católico con sus nada cuerdas determinaciones, y celebrando una gran junta de prelados en Toledo, pronunció en su presencia una arenga bien meditada y trabajada, según dicen, por San Leandro, donde hacia ver palpablemente lo útil y benéfica que era la religion católica, y la bienandanza del pueblo si la profesaba, añadiendo que si los godos marchaban de consuno en la observancia de sus máximas saludables, se veria muy pronto el deseado término de una desavenencia, que solo conducia á envenenar los ánimos de hombres que merecian llevar el título de hermanos. «Y por último, dijo cuando vió que sus oyentes daban benévola acogida á su plática; yo hago pública y solemne abjuración del arrianismo, y creo en la igualdad completa de las tres Divinas Personas, y en la autoridad de la iglesia católica y apostólica, y ruego que cuantos están presentes y me escuchan, sigan mi ejemplo si quieren lograr la salvación eterna.»

Este discurso produjo un momento de entusiasmo durante el cual aplaudieron todos: el rey y la reina (pues esta se hallaba presente) firmaron el acta de la confesión de fé, haciendo lo mismo los nobles y prelados de aquella respetable asamblea, y desde este punto quedó confirmada la religion católica en toda la monarquía, y sujeta á una sola comunión españoles, suevos y godos.

Sin embargo, aun cuando la gene-

(1) San Gregorio dice, que Leovigildo se convirtió trece días antes de morir; otros, que profesó la fé católica privadamente, y en público la arriana; pero lo mas probable es, que murió arriano, y en ello conviene el mayor número de historiadores.

ralidad se daba de suyo á la nueva reforma, algunos descontentos alzaron el grito contra Recaredo llamándole apóstata, á lo que no daba poco pábulo Gosvinda, viuda de Leovigildo, á punto de tramar una odiosa conspiración contra el rey; pero fué descubierta á tiempo, y los que debían cometer el gran crimen de asesinato fueron castigados con templanza, porque el soberano se había propuesto ganar á sus enemigos, ejerciendo con ellos la generosidad antes que el rigor desmedido.

Recaredo vió despues á Gosvinda, y lejos de castigarla la perdonó, amonestándola con dulzura para que en adelante se abstuviese de cometer semejantes atentados contra su persona, mas esta rabiosa muger no pudo sufrir á sangre fria las suaves reconvenções de su hijo, que ella reputaba verdaderos sarcasmos; y su mal reprimida furia la condujo al lecho del que al poco tiempo salió para encaminarse á la tumba, llevando consigo la desesperación por no haber logrado ejecutar sus infernales designios.

Por este tiempo volvieron á levantar la cabeza los francos, pues se apresuraron de nuevo á vengar la muerte de Hermenegildo. Entraron en Españaseguidos de su intrépido rey Gotram, pero un general de Recaredo diestro y valiente los derrotó junto á Carcasona dejando tendidos en el campo nueve mil franceses, con cuya derrota no pensaron en mucho tiempo en volver á probar fortuna. Los vascongados y los imperiales quisieron también introducir la guerra; vano intento, porque los godos, ensoberbecidos con sus pasadas glorias, obtuvieron nuevas ventajas de estos inquietos enemigos.

Cuando Recaredo creyó ver enteramente pacíficos sus estados, se ocupó con todo empeño en borrar enteramente el odio que los godos tenían á los suevos, estos á los godos y los españoles á unos y otros. A pesar de sus buenos instintos y de sus esfuerzos por el mejoramiento y prosperidad de su nación, los principales magnates de la secta de Arrio reprodujeron las funestas tentativas que tendían á despojar-

le del trono con pérdida de su vida. Argimundo, gobernador de Carpetania, era cabeza de una conspiración; un noble godo, llamado Viterico, de concierto con el gobernador, solicitó tener una entrevista con Recaredo, la que le fué concedida del modo que la deseaba, esto es, á solas.

Recaredo estaba sentado, y Viterico de pie á una respetuosa distancia:

—¿Qué solicitas? Recaredo.

Viterico algo turbado le respondió: —Argimundo, gobernador de Carpetania, hame dado una comisión har-

to espínosa.

—¿Espínosa? ¿y por qué?

—Porque ignoro si podré llevarla á cabo.

—¿Y cuál es la comisión?

Viterico clavó sus ojos sobre el monarca, acercóse un poco mas, y echando mano á la espada, exclamó:

—¡Vas á saberla!....

Pero el asesino vió con sorpresa y espanto que el acero se resistía á salir de la vaina con la presteza que el caso exigía, lo cual dió motivo á que Recaredo se levantase de su asiento y se pusiese en actitud de defensa:

—¿Qué intentas, malvado?

Viterico entonces, viendo el fatal resultado de su propósito, y temiendo la venganza de un rey justamente agraviado, se arrojó á sus pies exclamando:

—Perdon, perdon para el que debió ser tu asesino.

Recaredo le mandó levantar y le dijo:

—Estás perdonado, pero en este mismo instante vas á revelarme el hilo de esta conspiración.

—Viterico declaró que Argimundo era el cabeza principal de la trama. Recaredo, despues de haber mandado prender al gobernador, dispuso que le paseasen por las calles de Toledo subido en un asno, que le cortasen la mano derecha y en seguida la cabeza.

Recaredo no sobrevivió mucho á este acto de justicia, pues atacado de una grave enfermedad murió en 601, habiéndose confesado con San Isidoro, contemporáneo, arzobispo de Sevilla. Reinó diez y seis años y dejó tres hijos; Liuva, Suintila y Geila

I. A. BERMEJO.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

DEL JUEGO INFANTIL

DE LA GALLINA CIEGA,

Y DE SUS DERIVADOS GALLINITAS AL CORRAL, A DIVINA QUIEN TE DIÓ, EL CUCHARÓN Y OTROS.

Lusus genus quo pueri obdunc-
tis oculis, putentisque manibus,
tautiper obambulant, dum aliquem
apprehendunt. (Poblux lib. 9.)

Dejadme jugar un rato

A tanta gallina ciega.

(Arteaga Rim. fol. 95.)

El juego de la gallina ciega es casi tan antiguo como el mundo, puesto que le hallamos ya establecido entre los místicos egipcios, de quienes indudablemente le tomaron los griegos y después los romanos, y estos le transmitieron á nuestros padres. El erudito Cobarrubias dice en su Tesoro de la lengua: «Tienen los niños un juego que llaman de la gallina ciega, atando á alguno de ellos, á quien cayó por suerte, una venda á los ojos que no pueda ver, y los demás le andan al rededor tocando en el suelo con un zapato, diciendo *zapato acá*, y suelen darle en las espaldas con él; pero al que diere palmada con la mano, ó con el zapato que tiene en ella, entra en su lugar.»

Siendo este juego de ejercicio puede muy bien colocarse entre los comprendidos en la gimnástica infantil. Como indicamos mas arriba, los egipcios debieron practicar este juego, pues se lee, que en las fiestas que se celebraban al buey Apis, se tapaba los ojos el gran sacerdote, y rodeándole los demás ministros sagrados de los

dioses agarrados de las manos, iba tocando una por una las cabezas de los que formaban la rueda con el objeto de acertar el nombre de alguno de ellos. Si lo conseguía, el nombrado era proclamado sacerdote peculiar del nuevo dios Apis, cargo de grande importancia y al que rendían homenaje los egipcios.

Los griegos tuvieron un juego que denominaron *miada*, en el cual se tapaba los ojos á un muchacho, y escuchando los gritos de los otros que jugaban con él, si tenían la suerte de atrapar á alguno de ellos le ponía en su lugar para que hiciera otro tanto.

Los romanos tomaron de los griegos este juego, y le denominaron *collabizare*, y trasmitiéndole después á nosotros, aun le vemos en uso en todos los pueblos de España, casi del mismo modo.

El juego de los griegos titulado la *mosca de metal*, y que corresponde en un todo al nuestro denominado *gallinitas al corral*, es tambien una variante del de la gallina ciega.

Como el juego de la gallina ciega se llama entre los franceses *colin-maillard*, pretenden los de este pais, sin consultar costumbres anteriores, que su invención tiene origen en la memoria de Juan Colin-Maillard, famoso guerrero de Lieja; apellidado Maillard porque en las batallas se valia de la maza, su arma favorita, por manejarla con mucha destreza. Cuentan de este guerrero, que á consecuencia de sus grandes hechos de armas, Roberto de Francia le armó caballero, y que en una batalla que dió perdió los ojos, pero que conducido por sus escuderos no dejó de pelear hasta terminado el combate; y de aqui quieren los franceses que se derive el nombre de la gallina ciega.

Mas noticias pudiéramos dar respecto a este juego con el que tanto se divierten nuestros niños, pero sería dilatar mucho el presente artículo y fatigar su imaginacion con eruditas y áridas observaciones que aun no están en edad de apreciar en lo que valen. Por lo tanto baste lo dicho.

BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS.

ESTUDIOS RECREATIVOS.



INTERIOR DE LA CATEDRAL DE REIMS.

JUANA DE ARC.

(CONTINUACION).

VI.

En una vasta llanura de las inmediaciones de Chalons, al mismo tiempo que se oye una música guerrera y atronadora, se ven infinidad de soldados ingleses, que puestos en dispersion huyen en distintas direcciones.

Talbot, sostenido por Falstolf y acompañado de varios soldados, se separa de la confusion de la pelea, y dice al compañero que le sostiene:

—Dejadme debajo de este árbol, y volved al combate. No tengo necesidad de ningun socorro para morir.

A este tiempo se presenta Lionel con la espada desnuda, y esclama Falstolf.

—¡Oh! día angustioso. Ved en qué momento llegais, Lionel; nuestro capitán está herido de muerte.

—¡Dios nos asista! esclama Lionel.

Noble lord, animaos; no cedáis al imperio de la muerte, y con la energía de vuestra voluntad, mandad á la naturaleza que os dé la vida.

—Todo es inútil, dijo Talbot desalentado.... Hoy es el día fatal en que debe destruirse nuestro trono en Francia. En vano en una lucha desesperada he empleado todos mis esfuerzos para alejar esta catástrofe: he caído para no levantarme jamás. Reims está perdida, no dejéis que se pierda París.

—París, interrumpió Lionel, está en tratos con el Delfín; un correo acaba de traernos esta noticia.

Talbot abrió los ojos como un demente, y arrancándose con furia el aparato de su herida, gritó:

—¡Ah!.... ¡Salga á torrentes la sangre; ya estoy cansado de ver la luz del sol.

Todos los que presenciaron este arranque desesperado acudieron en su socorro para evitar las fatales consecuencias, al mismo tiempo que Lionel decía:

—No puedo permanecer aquí mas tiempo. Falstolf, llevad á nuestro general á un lugar seguro, pues no podemos ganar este puesto; nuestra gente huye por todas partes, y la Doncella se adelanta sin que nada la detenga.

—¡Locura! exclamó el herido, tú triunfas y es menester que yo sucumba. ¡Suprema razón, hija brillante de un cerebro divino, tú que sostienes el edificio del mundo y que guías los astros, ¿cómo te encuentras en este momento atada al fogoso caballo de la superstición.

—Milord, dijo Lionel, pocos son los momentos que teneis que vivir; pensad, pues, en vuestro Criador.

—Si hubiéramos sido vencidos como valientes, prosiguió Talbot, pudiéramos consolarnos, pensando que era el destino el que nos destruía; ¡pero sucumbir delante de una hechicera! ¿No merece otro fin el esfuerzo de los valientes?

Lionel cogió la mano de Talbot y añadió:

—Adios, milord. Si despues del combate vivo, os daré el tributo de lá-

grimas que mereceis. Ahora vuelvo al campo de batalla. Adios.

Lionel se ausentó, y Talbot proseguía tristemente:

—Pronto estará todo concluido. Hé aquí como el hombre concluye.

Al pronunciar estas palabras, aparecieron el rey, el duque, Dunois, Duchatel y algunos soldados franceses:

—Nuestro es el día, dijo Dunois con regocijo.

Pero Carlos, que habia distinguido á Talbot, dijo á su comitiva:

—Creo distinguir en aquel lado á un moribundo. Su armadura revela que es un caballero de distincion; socorredle si es tiempo todavía.

Algunos de la comitiva se adelantaron, pero Falstolf se volvió de pronto á ellos, y con ánimo resuelto exclamó:

—¡Atrás!.... No os acerqueis. Respetad á un moribundo.

—¿Qué veo? exclamó el duque: ¡cie-los! ¡Talbot bañado en su sangre!

Talbot se incorporó un poco en medio de las agonías de la muerte, miró al duque con fijeza, quiso hablar, no pudo y espiró.

—¡Retiraos, duque! prosiguió Falstolf, que el aspecto de un traidor no anuble la última mirada de un héroe.

—¡Terrible é indomable Talbot! dijo Dunois con acento solemne. ¡Qué pequeño espacio es el que ocupas, y sin embargo, la grande estension de la Francia no podia satisfacer tu espíritu gigantesco.

Ahora, señor, añadió dirigiéndose á Carlos, yo os saludo como á rey; mientras que el alma animaba este cuerpo, la corona vacilaba en vuestra cabeza.

El rey se acercó tambien á Talbot y despues de haberle mirado algun tiempo en silencio, dijo estas palabras:

—Dios le perdone, un honroso monumento le será erigido, y su cuerpo descansará en medio de este pais donde ha terminado su carrera como héroe. Ningun enemigo ha llevado sus armas tan lejos, y el lugar mismo donde se le encuentre le servirá de epitafio.

Falstolf se apartó del cadáver, y presentando al rey su espada dijo:

—Señor, yo soy vuestro prisionero.

Pero el rey devolviéndole la espada le contestó.

—No; no puede ser. La guerra en medio de su ferocidad honra los piadosos deberes. Acompañad libremente á la tumba los restos de vuestro general.

Y dirigiéndose en seguida á Duchatel continuó.

—Y vos, Duchatel, no os detengais. Inés estará llena de agitacion y sobresalto ignorando vuestra suerte; dissipad su angustia, y decidla que hemos vencido y conducida en triunfo á Reims.

Al mismo tiempo que Duchatel se alejaba para cumplir las órdenes de su soberano se presentó La Hire, al cual inmediatamente preguntó Dunois.

—¿Dónde está Juana, La Hire?

—Eso precisamente es lo que vengo á preguntar á vosotros, pues la dejé combatiendo á vuestro lado.

—Cuando acudí al lado de mi rey, dijo Dunois, la creía protegida por vuestro brazo.

—Yo he visto, interrumpió el duque, su blanca bandera flotando en medio de las tropas enemigas.

—¡Desgraciados de nosotros! exclamó Dunois. ¿Dónde la encontraremos? ¿Qué presentimiento, Dios mío! Venid, corramos á libertarla: temo que su valor temerario la haga sucumbir....

—¡Corred á libertarla! exclamó Carlos.

—Yo os sigo, dijo La Hire.

—¡Vamos todos! exclamó el duque de Orleans.

Y partieron precipitadamente.

VII.

Cuenta la tradicion que en un campo de batalla, desde donde se divisaban las torres de Reims alumbradas por los rayos del sol de la tarde, se presentó á Juana un caballero con una bandera negra y calada la visera de su casco. Juana le seguía con obstinacion, y al fin logró que se detuviera.

—¡Pérfido! le dijo Juana; ya conozco tu ardid. Con tu fuga engañosa me has separado del campo de batalla para librar de la muerte á una multitud

de hijos de Inglaterra. Pero yo sabré matarte....

—¿Por qué me sigues? preguntó el caballero misterioso.... Aparta; yo no estoy destinado á caer bajo tu acero.

—¿Quién eres? preguntó Juana, levanta la visera. Si no hubiese visto caer á Talbot en el combate, diria que tú eras Talbot.

—¿Y qué te dice la voz de tu espíritu profético?

—Que tú serás la causa de mi desgracia, respondió Juana.

—¡Juana de Arc! exclamó el caballero negro; has llegado con las alas de la victoria hasta las puertas de Reims. Conténtate con la fama que has adquirido; deja descansar á la fortuna que te ha servido como una esclava; no esperes á que se rebele y te abandone, porque aborrece la constancia y á nadie favorece hasta el fin.

—¿Cómo! exclamó Juana; ¿me aconsejas que abandone la obra comenzada?... No; yo quiero proseguirla.

—No desprecies mis advertencias.

—No envainaré la espada, hasta que la orgullosa Inglaterra haya sucumbido.

El caballero negro señaló con la mano á Reims y continuó.

—Mira.... Viendo estas las torres de Reims; allí está el término de tu expedicion: desde aquí estás viendo brillar la fachada de su elevada catedral; en ella entrarás triunfante, coronarás á tu rey.... y nada mas. Pero no vayas mas lejos: retrocede; escucha mis advertencias.

—¿Ser engañador! exclamó Juana, ¿quién eres?

El caballero negro se disponia á marchar, pero Juana se puso delante y le detuvo diciendo:

—Tienes que responderme ó mueres hoy mismo.

El caballero tocó la mano de Juana y dijo:

—Da la muerte á quien sea mortal.

A este tiempo se vió un relámpago, sonó un espantoso trueno y el caballero desapareció. Juana quedó inmóvil y sin saber lo que pasaba, quiso retirarse cuando Lionel se presentó.

—¡Miserable! dijo, prepárate al

combate: uno de los dos ha de morir en este sitio. Has hecho perecer al mas valiente de mis conciudadanos, el noble Talbot ha muerto, y yo quiero vengar á este héroe ó morir como él; soy Lionel, el último de los gefes de nuestro ejército.

Juana sin responderle se preparó al combate; se cruzaron las espadas, y al poco tiempo cayó al suelo la de Lionel. Viéndose perdido quiso luchar con ella; pero Juana habiendo echado mano á la cimera del agresor le arrancó el casco con violencia dejándole por consiguiente la cabeza descubierta. La heroína levantó la espada y exclamó:

—Sufre, pues, la muerte que buscabas.

Mas en este momento mira la cara de Lionel, y deja caer lentamente su brazo despues de haber quedado inmóvil algun tiempo.

—¿Por qué titubeas? ¿Por qué tardas en darme la muerte? preguntó Lionel. Tuya es mi vida; estoy bajo tu poder y no exijo de ti conmiseracion alguna.

Juana no respondia; y se contentó con hacarle una seña para que se alejara.

—¡Yo huir! ¡Yo deberte la vida!.... antes prefiero morir.

Juana volvió la cabeza y le contestó:

—Quiero olvidar que tu vida está en mi poder.

—Te aborrezco á tí y á tu clemencia, dijo Lionel enfurecido; dá pues, la muerte á tu enemigo que te aborrece y que hubiera deseado matarte.

—Pues bien..... mátame, repuso Juana con serenidad.

—¡Ah! ¿qué oigo?

Y Juana ocultando el rostro con sus manos exclamó.

—¡Desgraciada de mí!

Lionel entonces, se aproximó mas á Juana y le dijo:

—Dicen que has matado á todos los ingleses que se han presentado delante de tí en el combate.... ¿Por qué no ejecutas lo mismo conmigo?

Juana levantó la espada para herirle, mas este rápido movimiento se detuvo, y dejó caer nuevamente sus ma-

nos con igual desaliento exclamando:

—¡Virgen santa!

—¿Por qué invocas á la Virgen? ya no se ocupa de tí, ni el cielo te protege.

Y la Doncella exclamó llena de ansiedad.

—¿Qué he hecho? He violado mi juramento:

Y torcia sus manos con desesperacion, al paso que Lionel la miraba con cierto interés y se acercaba mas á ella.

—Desgraciada jóven; yo te compadezco; y me enterneces. Solamente conmigo has empleado tu generosidad, y siento que mi odio hacia tí se va disipando y que tu suerte me interesa. ¿Quien eres? ¿De dónde vienes?

—¡Alejate... Huye!...

—Tu juventud, tu belleza me conmueven; tu mirada ha penetrado en mi corazon: yo quisiera salvarte.... Dime lo que es preciso hacer.... Ven, sígueme y renuncia á tus temerarios designios... Arroja lejos de tí esas armas funestas.

—Aun soy digna de llevarlas.

—¡Sígueme!

—¡Yo seguirte! exclamó Juana con terror.

—Aun puedes salvarte; sígueme... si, yo quiero salvarte, pero no tardemos. Siento hacia tí una solicitud estremada y un grande deseo de salvarte.

Y diciendo estas palabras, quiso coger su mano, pero ella retrocedió diciendo.

—¡Oh! Dunois se aproxima, me buscan y si te hallasen conmigo.

—Te protegeré.

—Morirías si cayeses entre sus manos.

—¿Me amas, por ventura?

—¡Santos del Cielo!

—¿Te volveré á ver?...

—Nunca, jamás.

Lionel entonces le cogió su espada y dijo:

—Sea esta espada la prenda de nuestra union.

—¡Desgraciado!... ¿Qué haces?

Y Lionel dijo á la vez que se alejaba.

—Ahora cedo á la fuerza; pero juro que he de volver á verte.

Pero Dunois y La Hire, se presentaron á Juana llenos de alborozo y gritando:

—¡Vive! ¡es ella! ¡nada le ha sucedido!

—No temais, dijo Dunois á la Doncella, vuestros valerosos amigos están á vuestro lado.

—¿No es Lionel el que huye? preguntó La Hire.

—Dejadle que huya, respondió Dunois; y dirigiéndose á Juana continuó. Juana; triunfa nuestra causa; ya Reims nos abre sus puertas, y el pueblo entero se precipita jubiloso delante de su rey.

—¿Qué ha sucedido á Juana? preguntó La Hire; está pálida como la muerte y vacila cuando anda.

No se equivocaba; la pobre Doncella estaba próxima á caer desmayada.

—Estará herida, observó Dunois; quitadle la coraza; veo que su brazo está levemente herido; veo correr su sangre.

Pero Juana exclamó, casi llorando:

—Dejadla correr con mi vida.

Y cayó desmayada en los brazos de La Hire.

VIII.

Las tropas defensoras del rey han entrado triunfantes en Reims: en un salen suntuoso, cercado de muchas columnas, y adornado con mil objetos caprichosos que revelan la proximidad de un grande festejo, está Juana que oye la música y los himnos patrióticos que entonan en loor de la victoria. ¿Qué hace la Doncella, sola en aquel lugar? Piensa, habla consigo misma.

—Ya no se oye el tumulto de la guerra, dice; el acento jubiloso resuena en todas partes; arcos triunfales, guirnalda de flores; la vasta ciudad de Reims no puede sostener la multitud que asiste á presenciar esta solemnidad. Un mismo sentimiento de alegría anima á todos los corazones; todos pertenecen á la nación francesa; la an-

tigua corona ha vuelto á tomar su esplendor, y la Francia entera rinde homenaje al hijo de sus reyes. Y yo... yo que he llevado á cabo esta grande obra, no participo de esta gloria universal... ¿Cómo! ¿yo, me atrevo á llevar en mi corazón la imagen de un hombre? ¿Este corazón poseído de un esplendor celeste se ve hoy turbado por un amor terrestre?... Yo, la libertadora de mi patria, la guerrera del Todopoderoso, ¿amo á un enemigo de mi nación? ¡Oh!... desgraciada de mí, estos dulces acentos de la música seducen mis oídos: mis fuerzas se debilitan y se estinguen, y las lágrimas del dolor humedecen mis mejillas... ¿Por qué le miré? ¿Por qué contemplé sus nobles facciones?... ¡Desgraciada! tu crimen ha comenzado con esta imprudente mirada.

Juana quedó suspensa y contemplativa, pero á este tiempo entró en aquella estancia Inés Sorrel llena de emoción, y viendo á Juana corrió á abrazarla; pero de repente, cayó arrodillada á sus pies diciendo:

—Sí; yo debo ser la primera que me postre en tu presencia.

Y Juana queriendo levantarla, respondió.

—Levantaos... ¿Qué es esto? ¿Olvidais lo que sois y lo que soy?

—Déjame, prosiguió Inés; el sentimiento de la alegría me echa á tus pies: eres el ángel que ha conducido á Reims á mi soberano, y quien le ha devuelto su corona. La pomposa coronación se prepara, el rey se ha revestido con sus solemnes ornamentos; los pares y los dignatarios del reino están reunidos para llevar insignias de la monarquía, el pueblo acude hacia la catedral.

Juana logró al fin hacer que Inés dejase de permanecer arrodillada: sin embargo, Inés detuvo su discurso acalorado y examinando el semblante de la Doncella continuó:

—Pero, tú, quedas grave en medio del común contento. Despójate de tu armadura, pues la guerra ha concluido.

—¿Qué exiges de mí? Preguntó Juana.

—Desármate; el amor tiene miedo de acercarse á ese pecho cubierto de acero; vuelve á ser muger.

—¿Yo desarmarme?... ¡Ahora!..... Descubriré mi pecho en medio de los combates.

—Dunois te ama; su noble corazón que solo aspira á las virtudes heroicas te idolatra... ¿No es dulce ser amada por un héroe?

—Compadecedme, exclamó Juana, llorad mi suerte.

—¿Qué cosa puede hacerte desgraciada? preguntó Inés: un pueblo dichoso te bendice. ¿Qué tienes? ¿Qué te sucede?... Pero, ¡ah! te comprendo; no eres indiferente al amor.

Juana hizo un violento esfuerzo, y se apartó de Inés diciendo:

—¡Dejadme! ¡Alejaos de mí!

—Me causa pavor; ahora no te comprendo....

Este diálogo fué interrumpido con la llegada de Dunois, Duchatel, y La Hire, que traían el estandarte de Juana.

—Os buscábamos, Juana, dijo Dunois; todo está dispuesto, el rey nos envía para que nos sigais; quiere que lleveis esta bandera sagrada delante de él.

—Aquí teneis vuestro estandarte, interrumpió La Hire; tomadle, los principes os esperan.

¿Yo marchar delante de él con el estandarte?...

—¿Qué otra persona, dijo Dunois, debe encargarse de esta ceremonia? ¿Qué otra mano sería bastante pura para llevar esta sacrosanta insignia?

Y cuando le presentó el estandarte, Juana se retiró con espanto exclamando:

—¡Lejos de mí! ¡Lejos de mí!

—¿Qué teneis? preguntó La Hire, ¿Os espanta vuestra propia bandera? vedla, continuó desplegándola; es la que agitabais en el momento de la victoria.

Y Juana la miraba con terror.

—No está en su juicio, dijo Inés, vuelve en tí.

—¡Virgen Santa! exclamó Juana, ven á castigar á tu criatura. He violado mi juramento, he profanado tu santo nombre!

Todos la miraban asustados sin concebir tan estraña mutacion; pero se oyó la marcha de la coronacion y Dunois continuó.

—Tomad, Juana, vuestra bandera, que va á empezar la ceremonia, y no hay tiempo que perder.

Pero Juana se negaba, hasta que á duras penas la pusieron entre sus manos, y salió rodeada de los referidos caballeros.

(Se continuará.)

LA CATEDRA EN EL CAMPO.

O SOLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA.

XII.

HIGIENE.

(Conclusion).

«Pasemos á la quinta clase que se refiere á las cosas que deben ser excretadas ó espelidas (*excrenenda*). Se sabe, hablando fisiológicamente, que una parte de las sustancias con las

cuales nos alimentamos pasa en el torrente de la circulacion, mientras que otra parte se escapa, digámoslo así, al mismo tiempo que los restos del cuerpo al través de los órganos *excretorios* despues de haber sufrido la influencia de los órganos *secretorios*. Estos son residuos, conocidos bajo el nombre de excreciones, de que vamos á ocuparnos un instante. En el estado de salud, las secreciones y las excreciones de-

ben egercerse libremente y en cierta medida; pero si su cantidad se aumenta ó se disminuye, se rompe el equilibrio y viene la enfermedad. Sabemos que la *saliva* sirve á la digestion. Es muy raro, escepto en caso de enfermedad, que esta secrecion se turbe; pero hay algunas costumbres que ejercen una grande influencia para que nodiga á vds. algo respecto á ellas. La primera es aquella que existe en algunas personas de lanzar la saliva á medida que se va formando; esta costumbre es muy dañosa, pues priva á los alimentos de una parte de los líquidos que contribuyen á disolverlos, seca la garganta y es una cosa repugnante para los que la presencian. Pero hay otra costumbre mas digna acaso de llamar nuestra atencion y es la de fumar. La primera reconvencion que se dirige al uso de la *pipa* ó el *cigarro* es la de que daña la digestion, privando á los alimentos de la saludable influencia de la saliva que el fumador arroja á cada instante; esta reconvencion parece fundada; sin embargo, si se pregunta á los fumadores de profesion, nos dicen, que lejos de impedirles la digestion, los ayuda á esta funcion; yo mismo he hecho esta experiencia en mi propia persona, y debo decir, que cuando tenia la costumbre de fumar, lo hacia con un cigarro habano que hallaba en mi plato despues de una comida algo abundante, y no me encontraba á gusto si carecia de este requisito; pero tambien debo confesar, que desde que he dejado de fumar, digiero lo mismo que antes, de lo cual deduzco, que si el fumar no es absolutamente dañoso, al menos es una costumbre completamente inútil por lo que respecta á la digestion.—El tabaco tiene ademas el inconveniente de afacar al esmalte de la dentadura, de disminuir el apetito, de producir la diarrea; en fin, infecta el aliento, y el principio narcótico que contiene debe producir un efecto dañoso aun entre los que están mas acostumbrados á fumar.—El tabaco de narices tiene tambien sus inconvenientes, pero en grado menor que el otro, con tal que le usemos con moderacion.

Las *materias fecales*, que son el residuo de la digestion, no deben residir mucho tiempo en los intestinos, porque ademas de endurecerse considerablemente y hacer su paso doloroso, producen amenudo los dolores de cabeza.

Los *orines* tampoco deben detenerse; al instante que sentimos la necesidad de evacuar es preciso satisfacerla, pues por haber obrado otras personas de modo distinto se han visto afectadas de inflamaciones en la vegiga. La mala costumbre de que hablo contribuye tambien á la formacion de la piedra.

La *traspiracion* es mas abundante en tiempo de calor que cuando hace frio; se aumenta con el egercicio, y su cantidad se aumenta con la fuerza y la duracion de la misma. Cuando el cuerpo está sudando es preciso evitar con mucho cuidado esponerse al aire corriente y frio; el olvido de esta precaucion produce con frecuencia enfermedades muy graves y hasta mortales.

Pasemos ahora á la clase sexta que trata de las percepciones (*percepta*). Por medio de los sentidos llegan á nosotros las percepciones y las sensaciones, y por su mediacion se verifican nuestras mas importantes relaciones con los cuerpos que nos rodean. Para que llenen cumplidamente su destino, estos sentidos deben recibir cierta educacion y egercerse en una medida conveniente y determinada, mas alla de la cual, en vez de perfeccionarse, el instrumento se deteriora, y mas acá de la cual, no tiene bastante energia para trasmitirnos sensaciones enteras y verdaderas.—Lo que acabamos de decir se aplica al *tacto*, al *gusto*, que debilita el uso rápido de los alimentos, pero bien ejercido, distingue el uno del otro, y algunos gastrónomos nos dan el ejemplo de ello. El *olfato*, el *oído*, son tambien susceptibles de aumento ó disminucion; pero especialmente la *vista* parece prestarse mas á la educacion á que se la somete.—Para que el egercicio no sea dañoso al ojo, es menester que este órgano no esté espuesto á una luz demasiado débil ni demasiado fuerte, que no esté continuamente en accion, y que no se ejercite so-

bre objetos muy lejanos, muy próximos ó muy pequeños. Nada es mas perjudicial que andar por encima de la nieve, ó de arena muy fina y blanca cuando el sol refleja sobre ella. El trabajo á una luz demasiado viva ó muy débil presenta inconvenientes, lo mismo que el trabajo á una luz vacilante, como la de la vela ó la del gas; el mejor alumbrado, es una lámpara con una pantalla colocada de suerte que la luz alumbré bien los objetos que miramos sin que hiera los ojos.—Los miopes, para no fatigar su vista deben usar gafas con cristales proporcionados al grado de su vista; yo he curado á dos miopes, y tambien á mi propio, ejercitándome en ver los objetos á la distancia mas lejana posible. Este tratamiento, no pide mas que la perseverancia y una voluntad sostenida. Es cuanto tengo que manifestar á vds. respecto á la higiene privada; pero no quiero ausentarme sin decir alguna cosa por via de complemento con relacion á la higiene pública.

La HIGIENE PÚBLICA, es la que se ocupa de las condiciones que aseguran la salud de las masas. Segun esta definicion se comprende cual deberá ser la extension del campo de esta ciencia.

Salubrificacion de las ciudades. Resulta de lo espuesto en mis anteriores lecciones que la situacion de las ciudades es infinitamente menos salubre que la de los campos, y que la de los pueblos y aldeas, aunque en estas últimas las medidas sanitarias no sean muy rígidas: el aire libre, su fácil circulacion y sobre todo los trabajos campestres compensan estos inconvenientes.—Seria tambien muy importante que la eleccion del sitio de las ciudades fuese determinado por condiciones de salubridad; que los grandes centros de poblacion se edificasen en alturas, donde el aire mas seco y mas vivo es por consiguiente mas sano, donde los vientos renuevan mas fácilmente la atmósfera, y donde los miasmas dañinos no ejercen ninguna accion. Por desgracia las condiciones no pueden ser mas que deseadas, pues la casualidad y muchas veces, los intereses comerciales y políti-

cos, dan nacimiento á las ciudades.

Habitaciones. Segun los principios indicados en otro lugar, conviene que las calles estén dispuestas de modo, que el aire, la luz y los rayos solares lleguen en suficiente cantidad hasta las partes mas cercanas al suelo, es decir, que es preciso que las calles sean convenientemente anchas, y que las casas no sean muy elevadas. Las plantaciones de árboles en el centro de las ciudades son muy saludables.—Ademas de estas medidas exteriores y generales existen otras sobre las que la policia no dirige su atencion; me refiero al estado del interior de las habitaciones.—Existen en los barrios que habita la clase pobre, recintos en que no se concibe como la muerte no saca de ellos un gran número de victimas: se ven ciertas bohordillas y casucos que exhalan un olor repugnante, y donde reina el desaseo mas increíble. Allí en un estrecho espacio, sin aire, sin luz, duermen todas las noches masas de individuos, como aguadores etc. que no tardan en ir á los hospitales atacados de las mas graves enfermedades; de aquí nacen las fiebres tifoideas.

Policia de alimentos y bebidas. En las grandes ciudades donde el consumo de las materias alimenticias sobrepasa á la cantidad de los productos de la localidad, donde ciertos objetos están á precios muy subidos, bien á causa de los derechos que pesan sobre ellos, bien por la mucha distancia de los lugares que los producen, el fraude y la falsificacion exigen una vigilancia atenta y continua. Las carnes que se despachan deben ser frescas, pero respecto á este particular, creo que las medidas son satisfactorias, pues los inspectores especiales están constantemente ocupados en hacer visitas, y contribuyen á que desaparezcan todas las sustancias donde comienza á manifestarse la putrefaccion.—Donde mejor puede ejercerse el fraude es en los líquidos: todos los dias sabemos que en Madrid se adulteran vinos de mil maneras. El vinagre, la cerveza, el aguardiente han llegado tambien á ser objeto de fraudes; la leche tam-

bien la adulteran, bien con agua, cal, almidon etc. Esta sustancia cuyo uso es tan frecuente y que á menudo se destina á los enfermos, debería por lo mismo ser objeto de la mas exacta vigilancia.

Higiene militar. La civilizacion ha establecido entre nosotros, estados, profesiones, sino durables, al menos pasajeras y transitorias que reclaman la atencion de la higiene, pues los individuos que componen estas categorias se encuentran la mayor parte del tiempo en condiciones enteramente fuera de las costumbres de la vida ordinaria. Ya habrán vds. adivinado que me propongo hablar de los militares y de los marinos. La vida del soldado ofrece dos épocas bien notables y muy distintas la una de la otra: el tiempo de paz, y el de la guerra. En tiempo de paz, debe habitar en los cuarteles, estar bien vestido, siempre seguro de un alimento de buena calidad y á buenas horas, y sometido en fin, á un ejercicio bien entendido. Parece sin embargo que ciertas circunstancias de la vida del cuartel, deben contribuir al desarrollo de las enfermedades. Con efecto la aglomeracion de un gran número de individuos tiene que presentar muchos inconvenientes; pero si se reflexiona un instante, y entramos en los pormenores de esta vida en comun, veremos que no hay inconvenientes, con tal que las cuadras esten bien aireadas y claras, que reine la mas grande limpieza por todas partes, en el mismo individuo, en su ropa y en los lugares que habite. El militar carece ya de aquellas pesadas mochilas y de aquellas incomodas gorras de pelo que mortificaban su cabeza; sus armas y sus bagages se aligeran y simplifican de dia en dia.—En tiempo de guerra varian las circunstancias, y el militar se vé sujeto á otro régimen de vida cuyos detalles no me permite el tiempo manifestar á vds. Sin embargo diremos de paso, que en las ciudades sitiadas es donde la tropa está mas expuesta á las enfermedades. Mientras haya víveres frescos y abundantes, el soldado resiste á las fatigas, pero cuando se vé reducido á los alimentos secos

y salados, que amenudo se distribuyen en cortas cantidades, entonces cambian las condiciones, y se ven aparecer las enfermedades mas graves, como la disenteria y el tifus, que se acrecentan con el enojo y el abatimiento moral. ¿Qué debe hacerse entonces? Los consejos son faciles: dar un alimento mejor, diseminar los individuos en un grande espacio, disminuir las fatigas etc.; pero aqui, tan facil es el precepto, como dificil la aplicacion.

Higiene naval. Los marinos, mas todavia que los militares están sujetos á enfermedades, y sobre todo á algunas especiales, como el tifus naval, el escorbato etc. Ademas pasan en muy poco tiempo de un clima á otro, y se ven espuestos á las enfermedades de los sitios por donde transitan. No parece que la atmósfera marina ejerceria sobre el navegante una dañina influencia, pero el marinero halla á menudo la muerte en las grandes fatigas de su condicion, en los alimentos salados que come, en el desaseo de sus vestidos, en las emanaciones de una porcion de pasajeros, en ciertas mercancías, y en el mismo buque cuando está mal cuidado. De aqui resulta que los hombres de la marina militar están infinitamente menos espuestos que los que forman la tripulacion de los buques mercantes.

De aqui resulta tambien que las principales reglas de higiene son las siguientes:

- 1.^a Que reine por todas partes la mas grande limpieza.
- 2.^a Que el buque esté bien ventilado.
- 3.^a Que no haya obstáculos.
- 4.^a Que las camas estén limpias y secas.
- 5.^a Que las ropas de los marinos, y especialmente las camisas se laven con mucha frecuencia.
- y 6.^a Que el agua y los víveres se renueven el mayor número de veces posible.

—Creo, dijo el doctor poniéndose de pié, haber manifestado lo mas esencial relativo á la higiene. Y vd., señor don Casimiro, prosiguió dirigiéndose al convaleciente, tenga entendido que

es la última visita que le hago: procure aprovecharse en adelante de muchos de los preceptos higiénicos que he tenido, el gusto de explicar aquí; levántese un poco todas las mañanas, y el primer día festivo, si hace buen tiempo, salga á misa, y no vuelva á meterse en la cama, sino de noche para descansar de las faenas del día.

El médico se despidió, ofreciendo hacer una visita una vez que otra y cuando sus ocupaciones se lo permitieran, y Ramon y su hermana quedaron sumamente complacidos con la adquisición de esta nueva amistad y que tan bellos ratos les había proporcionado.

Se esperó con ansia la llegada del domingo; vino, hizo un día de sol delicioso, y don Casimiro muy restablecido ya de sus dolencias, salió con su esposa, sus hijos y un criado, á una ermita situada á corta distancia de la quinta donde oyeron misa, la que ayudó Ramon, y contrajeron todos la amistad del sacerdote de aquel templo, que cómo veremos en el capítulo siguiente también proporcionó á estos amables niños lecciones muy provechosas de religion, moral y mitología.

(Se continuará.)

APUNTES MORALES.

CONFESIONES DE UN ESCOLAR.

Con efecto, á la mañana siguiente, aquel que habia apostado, vino espresamente á hacerme rabiar; y yo, que nunca he sido muy paciente, le respondí cosas algo desagradables, y me pegó... pero fui vengado al instante, no por el general, que supo el suceso algo mas tarde, sino por Perendengue mi valiente compañero que nunca me dejaba. Perendengue, viendome atacado, se avanzó á mi agresor, le tiró á tierra, y siempre bueno, aun en medio de su cólera, le revolcó, no con la precaucion que usaba conmigo, ya pueden vds. imaginarlo; despues, como si hubiese comprendido cual era su deber, se contentó con despedazarle los fondillos de los calzones, de suerte que cuando se levantó el muchacho, fue objeto de nuestras mas grandes risotadas. El pequeño *matón* ganó su puesta, pero perdió los fondillos de sus calzones, le pegó su padre, y se le quitaron las ganas de incomodarme. En adelante, cuando jugaba con los muchachos, la

primera condicion que me imponian era, la de no traer al perro, de modo que para poder jugar, Mad. Victorina tenia la amabilidad de tener consigo á Perendengue.

He manifestado á vds. el anterior diálogo, para que pudiesen juzgar del lenguaje de mis camaradas; sus maneras no eran tampoco las mas civilizadas; este se sonaba con los dedos, medio pronto y que economiza los pañuelos, pero algo repugnante; aquel, creyéndose mas limpio, se sonaba en la manga de su chaqueta, otro estornudaba sobre mi cara, estotro pasaba groseramente por delante de las personas mas respetables sin quitarse el sombrero, y todos tenian las caras y las manos estraordinariamente sucias; parecia que tenian horror al agua, á los cepillos, á los peines y á todo lo que sirve para nuestro aseo. Hablaban de un hombre de edad, y le llamaban el *tío fulano*, y si de una mujer anciana, la *tia fulana*; á todos ponian mote ó sobrenombres ridiculos. Juan era llamado el *vizco*, porque tenia la desgracia de no mirar dere-

cho; Santiago torcia un poco la pierna izquierda, y no respondia mas que cuando le llamaban el *sambo*. José, porque se ponía gorra y no sombrero, le llamaban *gorreta*, y á mi me pusieron el *niño de vidrio*, porque era de débil complexión; pero me rebelé contra este apodo, y los amenacé con Perendengue, y conservé mi nombre de Ildefonso á secas. Despues no he vuelto á encontrar mas que entre los hombres de la clase baja del pueblo esta manía de poner mote, con cuyo signo pueden conocerse las gentes sin educacion. ¿Añadiré que egercian mutuamente una odiosa brutalidad, viéndose siempre dispuestos á darse patadas, puñetazos, y á tirarse de los cabellos por la disputa mas insignificante. Sé que ninguno de mis camaradas necesita que yo les de lecciones de política y urbanidad, ni necesito esforzarme en inspirarles el disgusto que deben tener hacia estas groseras costumbres. Vuestros parientes no dejan á vds., al menos yo lo supongo, frecuentar el trato de los pilluelos de la calle, y vds. son mas dichosos que yo he sido pues mi tío Justiniano no encontraba en ello inconveniente. «Ya se corregirá por sí propio mas tarde,» decia, cuando madama Victorina procuraba separarme de estas compañías. «No hallo mal en que Ildefonso viva hasta cierto punto con esos buenos muchachos» ¿Qué podía replicarse á esto? Madama Victorina no podía mas que suspirar y obedecer.

Pues bien; insensiblemente adopté el language y las costumbres de mis compañeros en particular las de Perico, cuyo trato frecuentaba mas asiduamente; siendo el objeto de toda mi admiracion, cifraba mi gloria en imitarle; tomé las inflexiones de su voz, adquirí sus locuciones triviales, y hasta sus gestos. ¡Hermoso modelo! ¿no es verdad, amigos míos? Aprendí á jurar con extraordinaria perfeccion; sabia echar la zancadilla, arrojar la tierra á los ojos, sacar la lengua y revolcarme por el suelo casi tan bien como Perico: este estaba muy contento de mí, y yo no lo estaba menos de él. La primera vez que mi tío me oyó jurar, abrió

tanto ojo, y hallando en ello una gracia, soltó el trapo á reir; pero despues se puso grave, y retorciéndose el bigote, como para disimular, me prohibió jurar en lo sucesivo: esta prohibicion, fué acompañada de reflexiones tan justas como juiciosas; pero era necesario no haber comenzado por reirse, porque como era natural, sospeché que no era tan malo jurar, y proseguí jurando de infinitas maneras, aun cuando nunca en presencia de mi tío.

Mi padre, mi madre y el resto de mi familia, ignoraban el cambio que se habia verificado en mi natural. Tenia la suficiente comprension para saber, que gustarian poco de mis nuevas lindézas. Ademas, la presencia de mi madre obraba en mi tan poderosamente, que delante de ella no podia mas que decirle lo mucho que la queria.

Como solo es mi intento inspirar á mis jóvenes compañeros ideas buenas y justas, despues de haberles mostrado á Perico Farnesio, debo tambien hacer que conozcan á Teresa Duronquer; el primero la representacion del pueblo por el lado mas feo, la segunda el modelo de lo que tiene de bueno y noble; es preciso presentar á los dos en una escena, para saber lo que el pueblo contiene de laudable y vituperable. Teresa Duronquer, apenas contaria ocho años, pero representaba siete á lo mas, tal era la delgadez y delicadeza de su físico: tenia hermosos ojos negros, expresivos y que revelaban la dulzura, la bondad y la sensibilidad de su alma; amaba tiernamente á su madre y á su padre; este dijo un día á mi tío, delante de mí, que Teresa no le habia causado otros pesares que los de su delicada salud.

Teresa, no se espresaba con mas elegancia que los otros niños del pueblo, pero jamás pronunciaba una palabra grosera. Nunca se la veía vagar por el campo ni jugar con las demas muchachas; preferia estar en su casa para ayudar á su madre, ó para leer, pues Teresa sabia leer desde la edad de seis años. El maestro titular del pueblo la queria como á su propia hija,

elcura la elogiaba proponiéndola siempre como modelo á las otras muchachas del lugar. Yo queria mucho á Teresa Duronquer; la queria mas que á Perico, y fácilmente me doblegaba á cuanto la aldeanilla solicitaba de mí. *Madama Teresa*, en realidad me gobernaba mas y mejor que mi *aya madama Victorina*; estas cosas se ven con frecuencia, y esta es la razon porque se debe tener suma precaucion en escoger los compañeros de nuestra infancia.

Teresa y Perico se profesaban una antipatia instintiva que hoy puedo explicar: Teresa representaba el bien, y Perico el mal, dos principios contradictorios y por consecuencia hostiles; evitaban encontrarse en mi jardin. Perico no dejaba perder una ocasion para ponerla ridicula ante misojos, pero yo preferia á la chica en mis juegos y Pedro se manifestaba envidioso. Muchas veces se encolerizaba hablándome de ella, hasta amenazando que la pegaria la primera vez que la encontrase; yo me declaré su defensor jurando que le pegaria á él si hacia el menor daño á mi amiga. Pero Pedro era muy testarudo y amigo de hacer su gusto. No me hablaba ya de Teresa y creí que habia abandonado sus proyectos, pero pensaba en ellos mas que nunca, y solo aguardaba el instante de ponerlos en ejecucion: este instante deseado no tardó mucho en presentarse.

Una mañana y cuando no habia yo todavia bajado al jardin, vino Perico: el portero le conocia como al compañero de mis juegos y le dejó entrar. Se escurrió y se escondió entre unas ramas. Poco despues vino Teresa, vió que Perico no estaba y entró; mas este la dejó adelantarse y que pasara al lugar donde estaba escondido; entonces salió, y llamándola por su nombre «¡Hola! dijo con supuesta admiracion, ¿eres tú, Teresa?.. Me alegro; jugaremos juntos mientras que baja *Alfonso*.

Teresa palideció, se puso á temblar y quiso huir....

—Bueno, exclamó Perico, echemos una carrera, y verás como te atrapo.

Teresa se detuvo.

—Déjame, dijo temblando á Perico... no quiero jugar contigo.

—¿Por qué? ¿Eres quizás alguna princesa?... ¡Piensas que yo no te quiero?

—Yo no digo eso; ya sé que eres hijo de un rico labrador, y yo no soy mas que la hija de un pobre jornalero; pero mi padre no quiere que juegue con los chicos del lugar.

—¡Ya! miren qué cosa; pero juegas con Alfonso.

—Ese no es chico del lugar.

—Ya... juegas con él porque es un señorito, y tú nos desprecias.

—Yo no desprecio á nadie; pero los otros chicos tienen juegos que me causan miedo.

—Vaya la melindrosa; ¿eres de vidrio? ademas; eres una mentirosa; tu padre, no te ha prohibido que juegues con nosotros.

—Yo no sé mentir.

—Por humillarme no quieres jugar conmigo... pues mira; si no juegas ahora te voy á dar una patada...

Teresa, no sabiendo que hacer para evitar las brutalidades de Perico, recurrió á la estratagema, único recurso de los débiles y de los oprimidos.

—Bueno, dijo Teresa esperando ganar tiempo para que yo bajase, ¿a qué vamos á jugar? ¿quieres que juguemos á las chinas?

—¿Qué! no me gustan los juegos en que es preciso estar sentados.

—Pues bueno, yo correré detrás de ti.

—No, tampoco; vas á fingir que no me puedes atrapar; yo correré detrás de ti.

Teresa tenia miedo, pues comprendia que iba á sucederle alguna desgracia, y buscó medios de evitarla.

—Pedro, dijo: tú corres mas que yo, y me cogerás al instante si no me das mucha delantera.

—Te daré toda la que quieras; pero no hacia la parte de la verja.

Esto era precisamente lo que Teresa queria, pues esperaba meterse en la habitacion del portero.

—Pues déjame mucha delantera.

—Te doy veinte pasos.

—Eso es poco.

—Te doy treinta.

—Tambien es poco; corres mucho mas que yo; quiero cuarenta pasos.

Y tomó cincuenta con la esperanza de salvarse, y dando una media vuelta entrar en la habitación del portero. Echó á correr, pero Pedro la alcanzó, y Teresa comenzó á gritar: ¡Madre, madre, Ildefonso!

Yo bajé corriendo la escalera que conducía al jardín llevando en una mano mi arco y en la otra un palo. Perico, no habiéndome visto, siguió maltratando á la pobre muchacha hasta dejarla caer en tierra; Teresa se levantó con la cara ensangrentada y llorando. Perico se reía diciendo: «Miren la niña mimada, no llores, eso no es nada.» Pero yo llegué en este momento, é indignado de ver sufrir á Teresa, con el palillo que tenía en mi mano le pegué en la cabeza. «¿Tú me pegas? dijo Perico, me la vas á pagar.» Me defendí valerosamente, pues no quería aparecer cobarde delante de Teresa; nos agarramos; la lucha no fué larga y yo caí al suelo. La pobrecilla Teresa, como no sabía pegar, acudió á quitarme de encima á Perico; viéndome perdido grite: «Perendengue» y Perico asustado se levantó y echó á correr ausentándose del jardín. Yo me levanté entonces, y con un ojo hinchado de resultas de un puñetazo que Perico me dió.

—¡Dios mío! exclamó Teresa llorando; como te ha maltratado Perico, y por causa mía.

Aunque el ojo me dolía mucho, tome un aspecto alegre y la dije:

—Esto no es nada; le he dado un buen palo en la cabeza. Cállate, no llores ni digas esto á nadie ¿lo oyes? Eso es lo que únicamente te pido. Yo diré que me he dado contra un árbol, corriendo detras de ti.

—¿Y si me preguntan?

—Díras lo mismo que yo.

—No; yo no miento.

—Entonces, vete, que yo me arreglaré como pueda.

—A Dios Ildefonso no olvidaré nunca lo que has hecho por mí.

—Vamos, ¿Quieres callarte? A Dios Teresa, á Dios.

Las fuerzas me faltaron luego que Teresa se fué; el jardín se me andaba, y caí al suelo sin conocimiento. Cuan-

do volví en mí me hallé acostado en mi cama y con mi aya á la cabecera; sin preguntarme nada, me aplicó tres sanguijuelas en el ojo malo, y yo me dejé curar sin decir una palabra, porque temía tanto mentir como decir verdad. A la mañana siguiente me encontré muy mejorado y pasé al cuarto de mi tío Justiniano para saludarle como tenía de costumbre. Me abrazó con mas ternura que nunca. «Si yo te preguntara como habia sucedido esto, me echarias una mentira, y así, no quiero preguntártelo, porque sé la verdad. Si; yo estaba en la ventana de mi gabinete, y lo he visto todo, y quise dejarte por ver como te portabas. Si te hubieses portado como un cobarde, no te querria, por que yo desprecio á los cobardes.

—Yo no he sido cobarde, tío, dije levantando la cabeza con orgullo.

—Lo sé, y eso me complace, no te lo niego. Te has adherido al partido débil; tanto mejor. Si; es un chico malo, y un cobarde; abusó de su fuerza contra una criatura débil. Te has portado valerosamente. Conviene ser generoso y valiente, y mostrar presencia de ánimo en los mayores peligros pero es vergonzoso mentir hasta para ocultar una buena accion. Prométeme que no mentiras nunca, ni aun por modestia.

—Lo prometo, tío, respondí dándole la mano.

El general la tomó, me abrazó tiernamente, y añadió:

—No debo decirte lo que tienes que hacer con Pedro. Ahora vete á jugar y no olvides lo que te acabo de decir.

Ya ven vds., amigos míos, que aun cuando no tenía mas que siete años, no he olvidado nada, porque las palabras que me han dirigido mis parientes se me han quedado siempre impresas. Enmedio de mis muchos defectos, esta es una de mis mejores cualidades; permitan vds. que me felicite por ello.

Mi tío Justiniano, indudablemente se descuidaba mucho en enseñarme las leyes de la urbanidad; mi instrucción estaba también muy descuidada,

pues que tenía ya siete años y no conocía una letra del alfabeto, cuidándose solo mi tío de fructificar mi corazón y ennoblecer mi alma. Sin embargo, mi madre se quejaba de mi ignorancia, y en varias ocasiones buscaba medios de inspirarme los deseos al estudio; ya me traía una carta de una de mis primas para estimularme, ó ya me traía cajitas de dulce, induciéndome á leer los rótulos que habia en la cubierta. El general se enfadaba y decia: «¿Quieres hacer goloso á tu hijo?»

—Es preciso que aprenda á leer, respondia mi madre.

—No se pierde tiempo; ya le vendrá ese deseo, contestaba el general.

Llegó este momento: la salud de mi madre la obligó á hacer un viage á Trillo para tomar baños; su ausencia debia durar dos ó tres meses, y yo estuve muy triste durante las tres semanas primeras de su partida. Pero; cual fué mi alegría cuando una mañana, llamándome mi tío me dijo: «Ildefonso, aquí tengo una carta de tu mamá.» Me acerqué al general lleno de gozo.

—¿Está mejor? le pregunté; ¿qué dice de mí?

—No sé, amigo mío.

—¿No ha leído vd. su carta?

—No; viene dirigida á ti; tómala, todavia está cerrada.

La cogí en mis manos, la abrí y poniéndola sobre las rodillas del general le dije: «¿Quiere vd. leérmela?»

—No; respondió riéndose; he prometido á tu madre no leerte sus cartas.

—Tío, tío mío.

—Si; ya veo que te pones muy cariñoso cuando quieres obtener alguna cosa; pero yo lo he prometido y ya sabes que nunca falto á mis palabras.

Yo conocia al general, y cuando hablaba de honor todo estaba concluido, pues jamás transigía con este sentimiento. Bajé la cabeza y dejé caer algunas lágrimas sobre la carta que tenía en mis manos.

—¿Lloras, Ildefonso? Ya sabes que desprecio á los niños que lloran sin un justo motivo.... ¿Por qué lloras?

—Por que soy muy desgraciado; quiero tanto á mi mamá, y no puedo

saber lo que me dice en esta carta...

—¿Y de quien es la culpa?

Bajé la cabeza mas todavía y lloré mas; luego levantando la frente, pregunté:

—¿Es muy difícil aprender á leer, tío?

—No; pues hay niños que á los cinco años ya saben leer.

—¿Se tarda mucho?

—He conocido niños que han aprendido á leer en menos de seis semanas.

—Entonces; ¿dentro de un mes ya podré leer la carta de mamá?

—Si tú quieres, bien puede suceder.

—Si lo quiero, tío mío, lo quiero.

—Pues desde mañana puedes comenzar con tu aya.

—No tío, con mi aya no.

—¿Y por qué es ese capricho?

—No es capricho, pero aprenderia mal con ella; ha tomado la costumbre de darme gusto en todo.

—Me alegro mucho que conozcas la docilidad que necesitan los niños.

—Hoy lo conozco, tío, si lo conozco.

—¿Quieres ir á la escuela?

—Si, quiero ir á la escuela, lo deseo.

—¿Cuándo?

—Mañana si vd. quiere.

—Me encantas con tu deseo; voy á ver á don Tiburcio Tapeta, el maestro titular del pueblo, para ponerte en su escuela.

Mi tío Justiniano tenia razon en esperar un momento oportuno para que yo aprendiese á leer. Pronto conoceremos á don Tiburcio Tapeta, quien nos proporcionará asunto para reir un poquito.

CAPITULO IV.

Mi tío no dejó que se enfriasen mis buenas inspiraciones, y al día siguiente formé parte entre los discípulos de la escuela de don Tiburcio Tapeta á quien la malignidad de sus educandos habia puesto el apodo de *tapadera*. Por si alguno de mis lectores no han visto una escuela de pueblo, me propongo referir algunos pormenores respecto á este asunto. Empecemos por retratar al maestro con las menos pa-

labras posibles. Don Tiburcio Tapeta ó tapadera, como vds. quieran llamarle, era un hombre alto, de cinco pies y cinco ó seis pulgadas, delgado, ó muy enjuto, brazos largos, de piernas tuer-tas, pelo entrecano y mal peinado, na-

riz aguileña, ojos hundidos, y la boca un tanto unida; si á esto se añade una mano larga huesosa, y estremada-mente sucia, ya pueden vds. tener una idea bastante aproximada del fi-sico de don Triburcio Tapeta. Su tra-



EL MAESTRO TAPETA.

ge era muy sencillo. Una levita vieja, de largos faldones, cuyo color era ya muy problemático, pantalon de paño azul, muy usado, zapatos grandes, acaso tan grandes como los de nues-

tros aguadores, y un chaleco del mis-mo color que la levita; el color de su camisa era tambien dudoso; no usaba corbata, ni pañuelo en el cuello, es-cepto los dias de fiesta que se ponía

un corbatin tan exagerado que le tapaba la barba.

El maestro Tapeta, no era malo en el fondo; pero su carácter variaba muchas veces en el curso de un solo día, segun el número de visitas que hacía á la casa de Baco, pues era devoto estremado de Anacreonte; y si hubiese sabido latin, no dudo que hubiera grabado en letras de oro en la puerta de su escuela la frase del gran cómico.

Bonum vinum lætificat cor hominis.

Mientras no tuviese un cuarto para satisfacer estas libaciones en la taberna, era cariñoso y amable con sus discípulos; por la mañana por ejemplo, como estaba en ayunas, el instrumento de nuestra tortura, esto es, la palmeta, (que vds. conocerán tan bien como yo) descansaba casi inofensiva sobre su mesa de pino negro; pero despues que se desayunaba, variaban las circunstancias; se ponía irritable y dirigia á sus discípulos como un cabo de regimiento dirige á sus reclutas. Era preciso ver como empezábamos á temblar. De manera que antes de entrar en la escuela preguntaban algunos escolares: ¿Ha almorzado bien el tio Tapadera? (Puede calcularse lo que significaba haber almorzado bien). —Si.—Entonces volveremos mañana.» Muchos no asistian á la escuela mas que por la mañana, porque era menor el peligro. Don Tiburcio recibia sus honorarios del ayuntamiento á fin de que la educacion fuese gratuita, pero dichos honorarios eran tan mezquinos que apenas podia subsistir con ellos, y se veía precisado á recibir lo que las diferentes familias querian ofrecerle. La mayor parte de los discípulos, no le daban nada en metálico, sino de vez en cuando le hacian regalos, de gallinas, leña, tocino, chocolate, huevos, queso, harina etc., lo cual aceptaba sin cumplimiento.

Mis camaradas habian observado que el maestro Tapadera trataba mejor á los que se mostraban con él mas generosos, pues la palmeta los respetaba casi siempre; habia tambien emulacion de generosidad entre los disci-

pulos, y atormentaban á sus familias para lograr regalos para el maestro Tapadera; pero como los niños ocultaban el verdadero motivo de su liberalidad, las familias le atribuian al afecto de sus hijos hácia su preceptor.

Los mas ricos, de entre nosotros, le pagaban cinco reales y hasta dos pesetas por mes, y mi tio le daba cuarenta reales. ¡Qué excelente retribucion! Nunca se vió el maestro Tapeta tan bien pagado; por eso, cuando hablaba de mi tio, empleaba espresiones respetuosas. ¡Cuarenta reales! ¡Dos duros cada mes! Siempre llamaba á mi tio, su esclencia, el general, y creo que faltó poco para llamarle alteza. Sus maneras para conmigo eran casi serviles, me hablaba en tercera persona: omito manifestar que la palmeta jamás se acercaba á mis manos, y cuando me llamaba á su lado para mandarme leer, la escondia en su cajon temiendo que me asustara. «Ya se conoce que es rico, murmuraban los otros, no hay cuidado que le acaricie con la palmeta.» Lo creo: ¡cuarenta reales todos los meses!...

Cuando acariciaba á mis camaradas con la palmeta (era su palabra favorita, y la que creia muy graciosa), tenia cuidado de esclamar: «Son ustedes unos pedazos de brutos y á los que es preciso enseñar á fuerza de golpes.» tenia razon, en general eran muy brutos, pero á fin de atenuar el mal efecto que esto pudiese producir en el ánimo de mis compañeros, añadia volviéndose hácia á mí. Miren vds. al señor Barriento, con él nunca tengo que emplear semejantes medios: comprende al punto cuanto se le habla, de modo que la palmeta no se ha hecho para él.»

Hasta cierto punto era verdad que yo comprendia mejor y mas pronto que mis camaradas, pero tambien es verdad que en toda la escuela no habia un niño mas enredador, mas travieso y mas hablador que yo, y por este lado no debia el maestro Tapadera proponerme como el modelo de sus discípulos. A su entender yo era dócil, tranquilo y aplicado, y si por casualidad cometa alguna falta que no merecia disculpa, desgraciado del niño que

se sentaba á mi lado, pues era él el que me habia echado á perder, y por mas que protestara en favor de su inocencia, recibia las palmetas que debian pertenecerme. Si yo me acusaba como el único culpable era efecto de mi buen corazon queriendo evitar el injusto castigo de mis camaradas. No hay duda que mis cuarenta reales mensuales cegaban completamente al maestro Tapeta.

De aquí sucedió que en muy poco tiempo llegué á ser insoportable á todos mis camaradas, y no habia medio que no empleáran para vengarse.

Semejante sistema, no era seguramente el mas acertado, ni el mas noble, pues revelaba en nuestro maestro una miserable condicion que degradaba su título de preceptor. Cuando yo era mas joven, le acusaba sin compasion, mas hoy le disculpo alguna cosa reflexionado que habria debido sufrir crueles necesidades y dolorosas luchas consigo mismo antes de haber descendido á tal grado de bajeza. El ayuntamiento me parecia mas digno de vituperio que él, porque debiendo asegurar una honrosa existencia á su maestro titular, solo le daba mil doscientos reales por año. ¿Podia subsistir este pobre hombre, con su muger y sus hijos, obteniendo tan miserable retribucion? ¿No se encontraba en el caso de sacar todo el partido posible de su posicion?

Don Tiburcio Tapeta tenia buena letra y redactaba una carta con facilidad, y empleaba su habilidad encargándose de la correspondencia de los habitantes, cuya mayor parte no podia escribir seis lineas inteligibles, y sin cometer en cada palabra cinco ó seis defectos de ortografia. Pero le quitaron este recurso, y por sus mil doscientos reales al año estaba encargado de cuidar el huerto del cura párroco, de hacer de sochantre los domingos en la misa, y de tocar la campana para llamar á los fieles. ¿Como no desalentarse con una existencia tan penosa! Todo esto le habia conducido á abusar de su posicion, y la embriaguez le habia embrutecido, y de aquí su humor casi siempre irritable.

Si los ayuntamientos quieren tener maestros titulares, honrados y concienzudos que procuren dotarlos bien.

La clase comenzaba á las ocho de la mañana; se leia tan bien como mal; mas bien mal que bien, porque el maestro se curaba poco de corregir las faltas de sus escolares y de hacérselas comprender; cuándo hubiera tenido tiempo para hacer leer individualmente á cinco ó seis discípulos? aceptaba la enseñanza mútua, y era un deber practicarla. Despues de la lectura, venia la escritura, cuya leccion se daba mas mal todavia que la primera; los que escribian lo hacian de prisa y no formaban la letra; el maestro los iba llamando á su mesa uno por uno, escribia algunas palabras entre las lineas, por via de rectificacion, y enviaba al discípulo á su puesto sin otro estímulo si lo habia hecho bien, ó con cinco ó seis palmetas si lo habia hecho mal; pero no olvidemos que el número de palmetas dependia de la mas ó menos generosidad del delincente.

En seguida venia la recitacion del catecismo y de la gramática castellana y el dictado de ortografia para los que sabian escribir sin muestra, que eran muy pocos, en fin, una leccion de aritmética cerraba la série de nuestros egercicios; pero antes de pasar á otra cosa, diré algunas palabras acerca de cada uno de ellos.

Todas las recitaciones se hacian maquinalmente: con tal que se repitiesen con exactitud palabra por palabra, aunque no comprendiésemos nada, el maestro estaba contento y no se creia obligado á entrar en ningun género de esplicacion.

El dictado se verificaba del mismo modo: don Tiburcio Tapeta llamaba á su mesa á los discípulos uno por uno, corregia sus faltas y los mandaba sentar en seguida sin espciarles nada; queda á la consideracion de mis jóvenes lectores los progresos que haríamos con semejante sistema de enseñanza.

La aritmética consistia en hacer sobre la pizarra algunas reglas de adicion, sustracion, multiplicacion y ra-

ra vez de division: el maestro Tapadera indicaba la marcha mecánica de cada regla, y aqui paz, y despues gloria.

La rutina, como lo vemos, era el método privilegiado del maestro Tapeta, pero esto no impedía que en tres leguas á la redonda fuese considerado como un hombre muy sábio y excelente maestro. De educacion propiamente dicha no entendia una palabra, y desgraciado de él si alguna vez le hubiesen preguntado lo que esto significaba. Jamás se curó de estudiar el carácter de sus discipulos, de rectificar sus juicios, de combatir sus malas disposiciones, ni de formar su corazon.

Un hombre de alma mas elevada hubiera creído emanciparse de su noble mision, esto es, de formar hombres y buenos ciudadanos, porque no recogeria mas que la ingratitud, y privaciones en recompensa de su trabajo: si los hombres son frecuentemente olvidadizos, Dios no lo es nunca, y tiene muy en cuenta nuestros menores sacrificios. Pero por desgracia el maestro Tapeta no poseia el espíritu religioso, aunque era sacristan sochantre, campanero y horticultor del párroco: desempeñaba sus actos religiosos tan maquinalmente como todos los demas sin comprender sus obligaciones, y sin mirar otra cosa que la parte lucrativa.

Sin embargo no le tratemos con rigor, pues era un hombre de buen fondo, predispuesto al bien, pero embrutecido por una lucha continua con las privaciones y la miseria; quebrantado por un trabajo superior á sus fuerzas, incomodado con las exigencias de aquellos que le daban un poco de pan, sustentaba la vida como una carga insoportable, y esta es la razon porque se habia acomodado con una vida material y brutal.

Nadie sabe hasta que punto las privaciones y la miseria paralizan las inteligencias; cuando los gobiernos quie-

ran que su pueblo se moralice, comienzan por sacarle de este estado de miseria en que el hombre completamente absorto con el pensamiento de subvenir á las necesidades de su cuerpo, concluye por no ver mas que su cuerpo, y olvida que tiene un alma.

Estas personas, compañeros míos, son mas dignas de lástima que de vituperio; son la mayor parte del tiempo víctimas inocentes de una organizacion social tan funesta como absurda; son los siervos de un nuevo feudalismo hipócrita y disfrazado, y por lo mismo, mas odioso que el antiguo, pues mas se le siente que se le vé. Basta de reflexiones y vamos á lo principal.

Merced á los particulares cuidados del maestro Tapeta y con especialidad á la resolucion que tuve, á las cinco semanas, y con el auxilio de mi tío, pude descifrar las cartas que me escribia mi madre. Cuando las leia pensaba oír la; me parecia que su voz suave resonaba en mis oidos; la veia inclinarse hácia mi para besarme mientras me hablaba, y me conmovi á punto de verter algunas lágrimas sobre el papel. ¡Oh! que dulce recompensa obtuve por mis esfuerzos. ¡Cuanto me regocijaba en el fondo de mi alma y sentia latir mi corazon!

Estas cartas tan tiernas y tan espresivas las encerré en el cajon de mi mesita, de donde las sacaba todas las mañanas para volverlas á leer y besarlas. Todavía conservo estas cartas y las que despues me escribió: yo aconsejo á mis jóvenes lectores que conserven las cartas de sus padres, pues son un tesoro, una coleccion de agradables y lisongeros recuerdos de nuestra niñez. Consultándolas de vez en cuando vds. sentirán un placer extraordinario, comprenderán mejor sus deberes por el reconocimiento de que se sentirán penetrados hácia los autores de sus dias.

(Se continuará).

CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

EL ESCLAVO

CONTINUACION.

S V.

Sin embargo, Arvins no tardó en hacerse notar por su exactitud en la ejecución de cuanto le mandaban; el celo que otros desplegaban por temor él lo desplegaba por orgullo. Sentía la imposibilidad de la resistencia, renunciando á ella desde los primeros instantes, y decidiéndose á ir mas allá de lo que le exigían: de este modo no experimentaba las reprimendas ó los castigos que le hubieran recordado de una manera mas cruel su servidumbre, y por eso su misma obediencia tenía el aspecto de una libre sumisión.

Esta buena voluntad le valió el favor del mayordomo, y por el fallecimiento del conductor de los *rheda*, (1) fué elegido Arvins para reemplazarle.

Corvino habia dejado á Roma solo por fastidio; separándose de las fiestas, del lujo y del bullicio, imaginó que la salud seria para él una agradable y risueña novedad.

Quiso hacer un ensayo muy de moda á la sazón entre los *elegantes* de Roma, y mandó que le preparasen en su espléndida *villa* un aposento esterado y con muy pocos muebles, al que se daba el nombre de *habitacion del pobre*. Se confinó por algunos dias en esta residencia acompañado de un solo esclavo, y se alimentaba con garbanzos y nabos que le servían en platos de tierra sabina, y cuyos manjares comía sentado en un escabel de tres

pies; pero al poco tiempo ya le fatigaba esta vida frugal. El descanso del campo, le hizo sentir el deseo de volver al tumulto de la ciudad, y renunciando á los placeres campestres tan elogiados por los poetas, sus conciudadanos, dió orden de regresar á Roma sin aguardar siquiera á que refrescase la estación.

Las nuevas funciones de Arvins le obligaron á seguir á su señor á los paseos en carro, que hacia diariamente fuera de la ciudad. La via Apia, rodeada de sepulcros, de árboles y de estatuas funerarias, era entonces el parage destinado para el recreo de la sociedad mas elegante; allí se veían á las mugeres célebres por su belleza, su riqueza ó su coqueteria; á los senadores y á los libertos, que habian llegado á ser favoritos del emperador; por último, á los descendientes de estos caballeros, cuya molicie y libertinage habia deshonrado el nombre de *trossules* (1) dado á sus antepasados despues de la toma de una ciudad de Etruria.

Cierto dia que Arvins siguió á su dueño como de costumbre, los numidas que precedían al carro se vieron obligados á detenerse. Era Metela, la celebre matrona, que pasaba precedida y seguida de un sin número de esclavos. La matrona iba casi tendida en una litera, el codo izquierdo apoyado sobre un cogin de lana, adornada su cabeza con un velo tan ligero, que el viento hacia que se agitase y mostrara las infinitas perlas que brillaban entre sus negros cabellos. Para combatir el calor, que era escesivo, llevaba en cada una de sus manos una bola de cristal, y en derredor de su

(1) Lo que hoy entendemos por coche.

(1) Soldados que se hacían célebres.

cuello descubierto se veía enlazada una serpiente domesticada. Dos volantes africanos que vestían túnicas de tela de Egipto de una blancura estremada, precedían su litera: estos iban seguidos de una joven esclava que daba sombra al rostro de Metela con una palma adornada de plumas de pavo real, y en cuya estremidad aparecía una caña de indias; al lado marchaban varios liburnios, que llevaban un estribo incrustado en marfil para que Metela bajase de la litera; y por último, detras venían cerca de cien esclavos ricamente vestidos.

Arvins, despues de haber mirado un instante este espléndido séquito volvió los ojos con indiferencia. Ya habían pasado casi todos los esclavos que componían la comitiva de la matrona y los numidas de Corvino volvieron á emprender su marcha: el joven celta se disponía á seguirlos, cuando oyó un grito á cierta distancia. Arvins volvió prontamente la cabeza; una muger se había separado del cortejo de Metela y tendía los brazos hácia Arvins.

—¡Madre mía! exclamó el niño, dejando caer las riendas; y las mulas que no se sintieron detenidas comenzaron á galopar. Arvins, se precipitó al punto para detenerlas, pero sus esfuerzos no contribuyeron á otra cosa mas que ha acelerar la carrera de los fogosos animales. En fin desesperado de no poder lograr su objeto se lanzó fuera del carro y miró en su derredor.

Se hallaba ya muy distante del sitio donde había distinguido á Norva; corrió en su busca, pero los muchos caballeros que paseaban detenían su paso. El pobre niño, extraviado, corría por entre los caballos y las carrozas recibiendo empujones é injurias de todo el mundo sin que Arvins reparase en ello: de este modo recorrió la Via Apia hasta las puertas, pero todo en vano.... Metela había vuelto á entrar en Roma con su numerosa y espléndida comitiva.

Arvins espermentó en un principio un movimiento de desesperacion imposible de describir; pero se tranquilizó bien pronto con la esperanza de volver á encontrar á Norva, pues ha-

bia oído pronunciar el nombre de su dueña. Ya deliberaba respecto á los medios que emplearía para conocer la residencia de Metela, cuando uno de los volantes de Corvino le llamó mandándole que volviese á tomar las riendas del carro.

Arvins obedeció despues de haber titubeado un momento.

El joven patricio que se había visto precisado á esperarle no le dirigió la mas leve reconvenccion; pero apenas llegó á su casa hizo una seña á su mayordomo, cuya significacion no pudo comprender Arvins, sino cuando vió que le presentaron al esclavo encargado del suplicio. Lanzó una exclamacion de sorpresa y se puso pálido: el corrector sonrió.

—¿Qué es eso, rapazuelo? dijo: al fin caíste en mi poder: te habías decidido á no conocerme... pero no temas: nuestro amo es bueno, y por hoy se contenta con divertirse contigo. *A fé de Hércules*, yo te aseguro que si fueras esclavo de un liberto te hubiera dado otro género de castigo.

Y hablando de esta manera fijó la horquilla que llevaba en la mano en el pecho y las espaldas de Arvins; le ató en seguida los brazos; y encadenó al niño á un poste situado cerca de la entrada; mirándole luego con una risa feroz, le dijo:

—Mágnifica posicion es en la que te encuentras para tomar el fresco; la noche se acerca, bien podrás estudiar el curso de las estrellas.

Despues que dijo estas palabras hizo una seña de despedida y desapareció.

Arvins había guardado silencio: su cuerpo quedó recto, su cabeza orgullosamente levantada y su mirada era desdeñosa; pero en el fondo de su corazon sentía una tormenta de dolor y de cólera. En este momento hubiese aceptado con alegría todos los suplicios del mundo con tal de haber visto que Corvino participaba de ellos.

El recuerdo de su madre venia de vez en cuando á aumentar su rabia; sin el castigo vergonzoso que le afligia ya la hubiera vuelto á encontrar, y la hubiese estrechado contra su seno. Sin duda le esperaba y acusaba su tardanza.

Hallábase en la mas grande desesperación cuando oyó pronunciar su nombre á cierta distancia; su sangre detuvo al instante su curso; creyó conocer esta voz. Volvió la cabeza y vió que una muger se lanzó á su cuello; era Norva.

Arvins estuvo un momento sin ver nada, sin poder hablar; y enagenado con el gozo que experimentaba al ver á su querida madre. Ninguna sensación le habia conmovido tanto. En cuanto á Norva estaba loca de gozo; reía y sollozaba al mismo tiempo; ba-



UNA ARMORICANA.

tia las palmas como una niña, y cubría de besos la cara de su amado hijo.

Apaciguado este primer delirio de ternura, Arvins manifestó á su madre el motivo del castigo que sufría, diciéndole que ella era la causa involuntaria de su tormento, y la pobre madre

tornó á sus caricias y á sus sollozos.

El niño se esforzó en consolarla; la alegría que experimentaba al verla apagó completamente su indignación; ya no pensaba en el tormento ni en las cadenas que le oprimían, y hubiera consentido gustosamente en perma-

necer de aquella manera toda su vida, con tal de hallarse al lado de su madre y recibir sus caricias.

Norva se sentó á sus pies y le refirió, como despues de haber sabido el nombre y la residencia de su dueño se habia fugado de la casa de Metela sin pensar en otra cosa que en encontrar el palacio de Corvino para verle: preguntóle lo que habia hecho durante tan larga separacion: dijo que habia sufrido todas las terribles consecuencias de la servidumbre. Dijo tambien, que Metela, como todas las mugeres unicamente ocupadas de su belleza, se vengaba despiadadamente de sus esclavos por la cosa mas leve que contribuyese al menoscabo de su vanidad. Sus enojos del momento, sus impaciencias, sus caprichos daban motivo á los mas crueles tratamientos respecto á las personas que la servian; encontraba entonces una especie de voluptuosidad en ver sufrir á sus esclavos, por el mas ligero descuido, los obligaba á ponerse de rodillas y mandaba que los colocaran de manera que pudiese mas fácilmente abofetearlos. Morgan, comprado por esta célebre señora, al mismo tiempo que Norva, habia experimentado por tres veces los mas horribles castigos por no querer someterse á tanta humillacion.

Arvins al escuchar esta relacion no pudo menos de conocer que la casualidad le habia favorecido haciéndole esclavo de Corvino.

Nafel supo el castigo á que habia sido condenado Arvins, y se aprovechó de la visita que su dueño hizo á la biblioteca para solicitar el perdon del niño. Corvino manifestó por señas que estaba perdonado y el jóven celta se vió libre de sus cadenas.

Entonces pudo llevar á su madre á un sitio separado y ambos volvieron á emprender su interrumpida conversacion con mas libertad.

Por espacio de algun tiempo, tanto Norva, como su hijo olvidaron completamente su situacion; hablaban de la Armorica con el lenguaje propio de su pais, recordaban las circunstancias de la vida pasada, los nombres de aquellos que habian conocido y los sitios

donde habian sido felices. Arvins encontraba el acento, el gesto, la poesia y las creencias á que se habia acostumbrado su infancia; ya no estaba en Roma; ya no era esclavo, era el hijo del gran gefe Menru, se creia sentado en su lugar al lado de su madre, que le enseñaba las tradiciones de su pueblo.

Llegó la noche sin que Norva ni su hijo se apercibiesen de ello; los ojos levantados hácia el cielo azul de Italia, todo salpicado de brillantes estrellas; continuaron hablando de la patria, sin conocer que las horas trascurrian. Arvins confió á su madre las esperanzas que tenia de lograr su libertad.

—Morgan tambien nos habla de libertad, dijo Norva, pero es con hierro y no con oro como pretende obtenerla.

—¿Se trata de alguna revolucion? preguntó vivamente Arvins.

—Lo temo, respondió Norva. Morgan está en inteligencia con todos los esclavos de nuestra nacion. La mayor parte de ellos han empleado su peculio en comprar armas secretamente, y en la primer ocasion favorable están dispuestos á lanzar el grito de guerra. Los germanos conspiran tambien secretamente, y sin cesar oigo citar en voz baja el nombre de Espartaco.

Los ojos de Arvins se iluminaron, Norva lo conoció y apretando con tierna inquietud la mano de su hijo, le dijo:

—Ten presente que eres aun muy jóven para mezclarte en semejante empresa.

—Ya tengo quince años, repuso Arvins con impaciencia.

—No tienes la edad de los guerreros, ya lo sabes; para sostener con brillo el gran nombre que llevas, es preciso brazos mas ejercitados y mas fuertes. Morgan lo ha dicho, y yo te prohibo tomar parte en esta rebelion.

—Obedeceré madre mia, respondió Arvins con voz apagada y sus ojos cubiertos de lágrimas.

Norva cogió su cabeza con aquella tierna compasion de las madres y besándole la frente le dijo:

—No te apesadumbres, hijo mío; ya llegarás á ser hombre y entonces ya no tendré ningun poder sobre tí; serás dueño de escoger un campo de batalla donde mejor te acomode; pero hasta que llegue ese instante déjame usar de mi autoridad para preservar tu vida; pueda gozar de estos últimos goces de la madre que ve que su hijo va á salir muy pronto de la infancia. ¡Ay!... Muy pronto ya no serás mío; pertenecerás á tus pasiones y á tu voluntad, y acaso á otra muger. No me despojes aun de este placer, no te rebelés contra la tierna tiranía que ejerce sobre tí la que te ha dado á luz. Hoy todavía arrullo á mi hijo entre mis brazos, mañana será hombre y no seré enteramente su madre, y no podré protegerle.

Norva pronunció estas palabras con una voz tan triste y tan dulce al mismo tiempo, que Arvins se enterneció; la estrechó contra su corazón, apellidándola con los nombres mas tiernos y prometió que se someteria gustoso á todos sus deseos.

(Se continuará).

IDOLOS

DE LA OCCEANIA O AUSTRALASIA.

Son los mas notables los siguientes: Barhalamaicapal. Dios creador, segun lo creen los indigenas de las islas Filipinas, cuya supersticion imagina ver y reverencia un númen en cuantos objetos hieren sus ojos, divinizando así astros, montañas, promontorios, rios y en particular los árboles ya viejos, en los cuales se persuaden que residen las almas de sus abuelos.

Etona-Rahai, es el ser supremo en la mitología de la isla de Otaiti. Dánle por esposa á Oté-Papad, y dicen que de este enlace proceden Ohina, madre de Te-Outton-Matarai, creador

y soberano del cielo y de los astros; Oumar Ceo, autor y rey de los mares y Orre-Orre, que lo es de los vientos. Refúndense los tres idolos citados en su abuelo, y componen una trinidad soberana del universo. Por lo que respecta á la tierra, la Polinesia y la América, son segun aquellos isleños, parte del cuerpo material é inorgánico de Oté-Papad, á quien su marido, todo espiritu, arrojó desde su trono al mar.

Foutafehi. Se llama el dios capital de las islas del archipiélago de los Amigos ó de la Sociedad; su esposa Faikava-Kadjia, y sus ministros Vahafongua, Tariara, Mattaba y Erarou. Adórasele principalmente en la isla de Tongataba, y en su distrito, llamado Mona, donde en honra suya se celebraban festividades al tiempo de la siembra y en el de la cosecha.

Gouleho. Es el dios de la muerte, en el arriba citado archipiélago, y al lugar de su residencia, llaman Bulerta.

Kaleahoko. Diosa de las islas de Sandw; tiene figura de muger, y por traje una túnica roja, hasta las rodilla, con ciertas bandas, que partiendo de la cadera, rematan sobre la cabeza del idolo, al cual se le mira unas veces de pie y otras sentado.

Ligobound. Diosa bienhechora, nacida de Sabonkour y de Halmael divina y primitiva pareja, bajó á la tierra, y de estéril que era, convirtiola en productiva, poblándola ademas, con sola su presencia de hombres y animales de toda clase, que vivieron entre flores y verdura, alimentándose de regalados frutos, hasta que Aigrivers, genio del mal, destruyó tan bella y magnífica obra.

Mahana. Personificación del sol en Otaiti y el archipiélago, era esposo de Tanna, probablemente la luna, y padre de los trece meses en que aquellos naturales dividen el año. Posteriormente, habiendo encarnado en forma humana con el nombre de Eroataboa, sétimo hijo de Tane y de Tarva, convirtiase un día en polvo y desapareció de entre los mortales.

Mamakous. Llámense así en las islas Molucas unos brazaletes bañados

en la sangre de una gallina inmolada al comenzar la luna nueva, y cuya virtud consiste en preservar al que los lleva de la acción de los espíritus tenebrosos, amen de saberse por ellos el éxito de las guerras al comenzarlas.

Mau es un idolo de las islas de Sandwich, al cual figuran con desmesurada boca y un tocado á manera de torre con almenas.

Los Nitoes son genios considerados en las Molucas como temibles, pues antes de acometer empresa alguna se procura tenerlos propicios, sopena de que en caso contrario se opongan á ella y la desbaraten. También se les puede llamar Lares, en virtud de que cada familia tiene el suyo, al cual se le encienden luces é invoca, acompañando el ruego con un tamborcillo hecho al intento.

Ohiva-Rine-Mohina, deidad de la Polinesia: muerta su madre Osira, casóse con Ti, su padre, y tuvo de él tres hijos llamados Ora, Vanon y Titou, mas tres hijas, á saber: Henatou-Monourou, Henaroa y Nouna.

Pele, diosa de los volcanes, muy temida en las islas de Sandwich, cuyo idolo visten de algodón aquellos naturales, cuidando de que haya siempre delante de él cantidad suficiente de alimentos, sin duda para que por hambre no se manifieste su poder con alguna erupción del volcan de Kerouia. Al cráter de este arrojan, al celebrar la festividad de Pele, algunas vestiduras y comestibles por mano de la gran sacerdotisa.

Po, personificación de la noche, pasa en la Polinesia por el mas antiguo de todos los seres, así como por madre de los dioses á quienes genéricamente llaman Fampó, que quiere decir tanto como hijos de Po.

Takchápanda, diosa de la Nubia, en la isla Formosa, dá quejas á su marido Tamagisauhach, cuando este niega á los mortales el beneficio indispensable del agua celeste.

Tamatea, idolo de las islas de Sandwich, notable por su fealdad monstruosa, pues sobre tener las facciones deformes y el rostro pintarrajeado horriblemente, ostenta un pescuezo de

doble espesor que sus dos muslos juntos.

Tane, dios superior del archipiélago de la Sociedad, tuvo por esposa á Tarva, y fueron sus hijos Arie ó el cielo; Avie, el agua dulce; Alie ó Té-mida, el mar; Matai, el viento; y Mahana ó Euroa-Taboa, es decir, el Sol.

Los Tis ó Tes son Lares de la isla de Otaiti, unos buenos y otros malos, ofendiendo estos en cuanto pueden al hombre, y defendiéndolo aquellos.

Tiamaratao, finalmente, es, según la mitología del archipiélago de la Sociedad, el primer individuo de la especie humana, al cual suponen dotado de ambos sexos.

ANECDOTA.

Un caballero de industria, hombre sin reputación y sin bienes, enterado de que cierto médico se había hecho rico con la invención de unas píldoras se puso á fabricar gran número de otras que administraba para todas las enfermedades. Eran de una sal purgante y como alguna vez produjesen buenos resultados, no tardó el charlatan en adquirir reputación de gran médico. Un día, un campesino que había perdido su asno, le fué á preguntar sino tendría algún remedio que darle para que lo encontrase. «Si hombre, le dijo el charlatan; toma seis de mis píldoras y parecerá al instante tu burro.» Tomólas el rústico, y se marchó. Cuando iba por el camino, las píldoras habían hecho su efecto á tal punto, que el hombre se vió precisado á meterse en un matorral donde por casualidad estaba el asno pacientemente. Desde entonces, no dudando del efecto de las píldoras, decía á todo el mundo que no solo eran buenas para curar las enfermedades, sino tambien para encontrar los burros.